

LA CELESTINA

Tragicomedia de  
Fernando de Rojas

Personajes

Celestina	Calixto, mancebo enamorado
Melibea, doncella enamorada	Pármeno, criado de Calixto
Alisa, madre de Melibea	Sempronio, ídem
Areusa, ramera	Tristán, ídem
Elicia, ídem	Sosia, ídem
Lucrecia, criada de Melibea	Crito, putaño
Pleberio, padre de Melibea	Mozas, vecinas, Alguaciles, Gente

Parte Primera

En oscuro, antes de levantarse el telón, se oye un coro que canta:

Más vale tocar  
placer por dolores  
que estar sin amores (1)

Sobre la música se alza el telón. Página de incunable en que se lee en claros caracteres góticos:

Síguese  
la tragicomedia de Calixto y Melibea,  
llamada "Celestina",  
compuesta en reprehensión de los locos enamorados  
que, vencidos por su desordenado apetito,  
a sus amigas llaman su dios.

Siete cortinas de cendal van descorriéndose hasta descubrir el huerto de Melibea, con tapia de hiedras. El coro sigue:

Es vida perdida  
vivir sin amar;  
y más es que vida  
saberla emplear.  
Mejor es penar  
sufriendo dolores  
que estar sin amores.

Melibea está en su huerto, cantando al laúd, con su joven criada Lucrecia.

Melibea y Lucrecia

El que más penado  
más goza de amor,  
que el mucho ciudadano  
le quita el temor.

Así es que es mejor  
amar con dolores  
que estar sin amores,  
que estar sin amores...

(1) Juan del Encina: Cancionero de Barbieri, 190.



(Se oyen dentro las voces de Calixto a su paje Tristán, que entra corriendo).

Calixto (Dentro) ¡Síguelo, Tristánico, síguelo, que quiere pasar!

Tristán ¡Señor...! ¡Mi señor Calixto...! (Llega Calixto).

Calixto Perdí de vista mi halcón. ¿Vístele tú?

Tristán En ese huerto posó.

Calixto A cobrarle voy.

Tristán No te atrevas a quebrantar ese cercado, que es el huerto de Pleberio, señor de alta y serenísima sangre. Y esa que en el huerto canta ha de ser, sin duda, su hija Melibea.

Calixto En tal caso puedo alcanzar juntos dos bienes: recobrar mi halcón y conocer a esa gentil doncella, que vive tan secreta. (Tropa y salta. Durante el diálogo, el laúd ha repetido la melodía. Melibea y Lucrecia vuelven a cantar, hasta interrumpirse bruscamente y ponerse de pie al ver a Calixto).

Melibea y Lucrecia

Donde es agradecido  
es dulce morir;  
vivir en olvido  
aquel no es vivir.  
Mejor es sufrir  
pasión y dolores  
que estar sin...

(Calixto avanza deslumbrado. La mira largamente sin acertar a hablar. Cae rodilla en tierra).

Calixto En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

Melibea ¿En qué, Calixto?

Calixto En dar poder a la Naturaleza para que de tan perfecta hermosura te dotase, y hacerme a mí la inmerecida merced de verte; y en tal lugar que mis secretos sentimientos pudiese manifestarse. Por cierto, los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo ahora en el acatamiento tuyo.

Melibea ¿Por gran premio tienes esto?

Calixto Téngole por tanto que si Dios me diera en el cielo la silla sobre sus santos no la tendría por tanta felicidad.

Melibea Pues aún mayor premio te daré yo si así sigues hablando.

Calixto Oh, bienaventurados oídos míos que tan gran palabra habéis oído.

Melibea Desventurados serán cuando me acabes de oír. Porque el premio será tan fiero como merece tu loco atrevimiento. Pero el intento de esas palabras, propias de tal hombre como tú ha de perderse contra la virtud de tal mujer como yo. ¡Vete! ¡Sal de mi jardín, torpe!, que no puedo tolerar que tu corazón haya pretendido comunicar conmigo el deleite de ilícitos amores. ¡Vete! (Entrase enojada con Lucrecia).



Calixto Iré como va aquel contra quien la adversa fortuna se ensaña con odio cruel. (Oscuro).

Casa de Calixto. Sala y estrado.

Sempronio enciende un candelabro. Se oyen las voces de Calixto llegando, destemplado.

Calixto ¡Sempronio... Sempronio...! ¿Dónde está ese maldito?

Sempronio Aquí, señor. (Encendiendo las luces).

Calixto (Tirando capa y espada con furia). ¡Así los diablos te ganen! ¡Así sufras peor tormento que la penosa muerte que yo espero! ¡Sopla esas luces! ¡Cierra la ventana! Deja a la tiniebla acompañar al triste, y al desdichado la ceguedad. ¡Mis tristes pensamientos no son dignos de luz! (Se deja caer desalentado entre los almohadones del estrado). ¡Oh bienaventurada muerte aquella que deseada viene a los afligidos!

Sempronio ¿Qué sucede, señor?

Calixto Vete y no me hables. Si no, antes que mi rabiosa muerte mis manos causarán tu arrebatado fin.

Sempronio Iré si quieres padecer a solas. Pero dime, señor: ¿qué súbito mal te robó tan presto la alegría y junto con ella el seso?

Calixto ¡Vete al diablo!

Sempronio No creo que el diablo venga conmigo, pues contigo está. ¿Por qué tan de súbito te es enojosa la vida? Acaso fuera mejor dejarte desbravar y madurar un poco, que es peligroso abrir las postemas duras porque se enconan más; y bueno es dejar llorar al que dolor tiene. Pero piensa que es gran descanso a los afligidos tener con quien llorar sus penas.

Calixto (Suspira amansado). Queda, Sempronio. Y dame acá el laúd.

Sempronio Señor, vedle aquí.

Calixto (Canta)  
¿Cual dolor puede ser tal  
que se iguale con mi mal?

Sempronio Destemplado está ese laúd. (Lo toma y temple).

Calixto ¿Cómo puede templar el destemplado? ¿Cómo sentirá la armonía el que consigo mismo no está acorde, el que tiene el pecho lleno de agujones, de paces y de guerras, de treguas y de amores, y todo por la misma causa? Pero tañe y canta la más triste canción que sepas.

Sempronio  
Mira Nerón, de Tarpeya,  
a Roma cómo se ardía;  
gritos dan niños y viejos,  
él de nada se dolía.

Calixto Mayor es mi fuego y menor la piedad de quien lo encendió.

Sempronio ¿Cómo puede ser mayor el fuego que atormenta a un hombre que el que quemó tal ciudad y tanta gente?



- Calixto            Porque mayor es la llama que mata a un alma que la que quema cien mil cuerpos. Como de la apariencia a la existencia, como de lo vivo a lo pintado, tanta diferencia hay del fuego que tú dices al que a mí me quema. Por cierto que si el fuego del Purgatorio es tal, más querría que mi espíritu fuera como el de los brutos animales que no pasar por él para ir a la gloria.
- Sempronio        Nunca Dios quiera tal; que lo que has dicho es contra la religión cristiana.
- Calixto            ¿Y qué a mí)
- Sempronio        ¿Tú no eres cristiano?
- Calixto            ¿yo? Melibeo soy, y a Melibea adoro, y a Melibea amo, y en Melibea creo.
- Sempronio        ¿Tan grande es Melibea que no cabe en el corazón de mi amo y por la boca le sale a borbotones? Pero no es menester más; que ya veo de qué pie cojeas, y yo te sanaré.
- Calixto            Increíble cosa prometes.
- Sempronio        Al contrario: fácil. Que el comienzo de la curación es conocer la dolencia. (Ríe) ¿De manera que ese era todo el fuego de Calixto? Como si el amor sólo asestara sus tiros contra él. Oh, soberano Dios: mandaste al hombre dejar por la mujer al padre y a la madre; y ahora, como Calixto, también a ti te dejan por ella.
- Calixto            No me dejes tú, Sempronio.;
- Sempronio        De otro temple está esa gaita.
- Calixto            ¿Qué te parece de mi mal?
- Sempronio        Que amas a Melibea, y que hartó mal es tener la voluntad en un solo lugar cautiva.
- Calixto            Poco sabes de constancia.
- Sempronio        La perseverancia en el mal no es constancia; pertinencia la llaman en mi tierra. Vosotros, los filósofos de Cupido, llamadla como queráis.
- Calixto            Torpe cosa es mentir el que enseña a otro. ¿No te precias tú del amor de tu amiga Elicia?
- Sempronio        Haz tú lo que bien digo y no lo que mal hago.
- Calixto            ¿Qué me reprochas?
- Sempronio        Que sometas la dignidad del hombre a la imperfección de la mujer.
- Calixto            ¿Mujer dices, grosero? ¡Dios, Dios!
- Sempronio        ¿Y así lo crees, o burlas?
- Calixto            ¿Qué burlo? Por mi Dios la tengo y por mi Dios la confieso; y no creo que haya otro soberano en el cielo, aunque en la tierra viva.
- Sempronio        ¿Oíste qué blasfemia? ¿Viste pecado como este, peor que el de Sodoma?
- Calixto            ¿Que el de Sodoma, cómo?
- Sempronio        Porque aquellos intentaron un uso abominable con los ángeles no conocidos; y tú lo intentas con ese ángel que confiesas ser tu Dios. (Ríen



los dos).

Calixto Maldito seas, que me has hecho reír, cosa que no pensé hogaño.

Sempronio ¿Pues qué, toda tu vida habías de llorar?

Calixto Sí, porque amo a aquella de quien tan indigno soy que no la espero alcanzar.

Sempronio ¡Ah, pusilánime! ¡Desesperar de alcanzar una mujer tú, cuando muchas y muy altas entre ellas se sometieron al resuello de viles mozos de mulas, y otras hasta a brutos animales como Pasifae con el todo y Minerva con el can!

Calixto No lo creo; fábulas son.

Sempronio Lee las historias, estudia a los filósofos y los poetas: llenos están los libros de sus malos ejemplos. Oye a Salomón cuando dice que

Calixto el vino y las mujeres hacen a los hombres renegar. Aconséjate con Séneca. Gentiles y judíos, moros y cristianos, todos en esta concordia están. Aunque también hubo muchas santas y virtuosas cuya resplandeciente corona quita el general vituperio. Pero de las otras, ¿quien contaría sus mentiras, sus tráfigos y sus falsas lagrimillas? ¿Quién su lengua y sus engaños, su testimoniar y su negar, su soberbia, su locura, sus miedos y atrevimientos, su golosina, su lujuria y su desvergüenza? Por ellas es dicho: "Arma del diablo, cabeza de pecado, antigua malicia que echó a Adán del paraíso".

Calixto Pues si todos los que dices se sometieron a ellas, ¿soy yo más que ellos?

Sempronio Lee las historias, estudia a los filósofos y

Sempronio A los que las vencieron querría que imitaras y no a los que fueron vencidos. Cosa difícil es entenderlas: hay que adivinarlas. Lo que quieren ofrecer empiezan negándolo. Tan pronto te invitan como te despiden; tan pronto se enojan como se apaciguan. Gran plaga es tratar con ellas más del breve tiempo del deleite.

Calixto Sigue, sigue, que no sé qué será, pero cuanto más en contra me dices más la quiero.

Sempronio No es este juicio para mozos que no se saben someter a razón. Y su desvergüenza? Por ellas es dicho: "Arma del diablo, cabeza de pecado, antigua malicia que echó a Adán del paraíso".

Calixto ¿Y tú qué sabes, quién te enseñó?

Sempronio Ellas mismas; que, cuando una vez se descubren, de tal modo pierden la vergüenza que todo esto y más al hombre manifiestan. Ponte, pues, a la medida de tu honra, y piensa ser aún más digno de lo que te consideras. Que peor es rebajarse que ponerse más alto que se debe.

Calixto ¿Quién soy yo ante Melibea?

Sempronio ¿Quién? Lo primero, eres hombre. Dotado por la naturaleza con los mejores bienes. Y constelación de todos amado.

Calixto Pero no de ella, que sin comparación me aventaja en todo: por su nobleza y linaje, por su ingenio y virtudes. Y por su soberana hermosura, de la cual te ruego me dejes hablar un poco porque tenga algún refrigerio. Y lo que te diga sólo será de lo descubierto que si de lo oculto pudiera hablarte no harían falta más razones.

Calixto de tal modo pierden la vergüenza que todo esto y más al hombre manifiestan. Ponte, pues, a la medida de tu honra, y piensa ser aún más digno de lo que te consideras. Que peor es rebajarse que ponerse más alto que se debe. Lo que quieren ofrecer empiezan negándolo. Tan pronto



- Sempronio Habla, que muy gran placer tendré en oírte.
- Calixto (Se acerca. Voz íntima de confidencia). Sus cabellos, como las delgadas madejas de oro que hilan en Arabia. Sus ojos, verdes, rasgados. Largas las pestañas, las cejas delgadas, los dientes menudos y blancos: los labios colorados y gordezuelos. Las manos, pequeñas y de dulce carne acompañadas. Largos los dedos. Las uñas, rubíes entre perlas. Y la redondez y forma de sus pequeños pechos, ¿quién te la podría pintar, que se despereza el hombre cuando los mira?
- Sempronio ¿Has dicho?
- Calixto Todo lo brevemente que pude.
- Sempronio Pues aun si todo eso fuera verdad, con ser tú hombre ya la aventajas. Tú la alcanzarás; que escrito está que así como la materia apetece la forma, así la mujer al varón. Y aún es posible también que llegues a aborrecerla cuando, una vez alcanzada, la veas con ojos claros.
- Calixto ¿Y ahora con qué la veo?
- Sempronio Con vidrios de aumento en que lo poco parece mucho y lo pequeño grande. Pero no desesperes, que yo me encargaré de que tu deseo sea cumplido.
- Calixto Oh, qué gloriosos me es oírte, aunque no espero que lo puedas hacer. ¡Mi jubón de brocado, tuyo es, Sempronio!
- Sempronio Prospérete Dios por este y por muchos más que me darás.
- Calixto ¿Cómo has pensado que puedes hacerme esa piedad?
- Sempronio Yo te lo diré. (Se acercan de nuevo. Confidencial). Conozco en esta vecindad una vieja que se dice Celestina, hechicera, astuta, sagaz en cuantas maldades hay y capaz, si quiere, de provocar a lujuria a las duras peñas. Tengo entendido que en esta ciudad pasan de cinco mil los virgos que se han hecho y deshecho por su autoridad.
- Calixto ¿Podría hablarla yo?
- Sempronio Yo te la traeré acá.
- Calixto ¿Eso puedes y tardas?
- Sempronio Ya voy. Quede Dios contigo.
- Calixto Y contigo vaya. (Sale Sempronio). ¡Oh Todopoderoso: Tú que guías a los perdidos, guía a mi Sempronio para que mi pena se convierta en gozo, y yo, indigno, pueda alcanzar tan deseado fin. (Oscuro).

Calle y casa de Celestina, con planta baja, escalera y alcoba en alto.

Celestina, sentada en una silla baja, está a la puerta ensartando las cuentas de un rosario. Luz de velón. La alcoba, a oscuras. Al ver llegar a Sempronio, Celestina deja su cestillo, gritando alegremente hacia adentro.

- Celestina ¿Qué ven mis ojos? ¿No es aquel Sempronio? ¡Albricias, Elicia! ¡Albricias, que ahí llega tu Sempronio! (Luz en la alcoba. Elicia se incorpora sobresaltada).



Elicia            ¡Silencio..., silencio!

Celestina        ¿Por qué, hija?

Elicia            Porque está aquí Crito.

Celestina        Mételo en la camarilla de las escobas. ¡Pres-  
to, que viene! (Crito salta de entre las mantas  
a medio vestir y recoge apresuradamente sus  
ropas colgadas en los espaldares. Elicia se  
viste santiguándose asustada).

Elicia            Crito, ocúltate ahí. Mi primo viene. ¡Perdi-  
da soy!

Crito            Yo me esconderé. No te acongojes. (La besa  
rápido y sale por una puertecilla. Celestina  
sale al encuentro de Sempronio, estorbándole  
el paso con su alborozo).

Sempronio        ¡Madre Celestina! ¡Gracias a Dios que te me  
dejó ver!

Celestina        ¡Hijo mío! ¡Rey mío! ¡Turbado me has! ¡Un  
abrazo, hijo! (Le abraza y besa sonoramente).  
¡Elicia, aquí está ya! ¡Sin habla me dejaste,  
mi rey! (Le corta el paso). Torna, torna y  
dame otro abrazo. ¿Tres días pudiste estar sin  
vernós? ¡Oyes, Elicia...? ¡Elicia! ¡Aquí  
está, aquí está, aquí está!

Elicia            ¿Quién está?

Celestina        ¡Tu Sempronio! ¡Otro abrazo, mi rey!

Elicia            (¡Ay, pobre de mí; qué saltos me da el corazón!)  
¿Sempronio dices, madre?

Celestina        (Deteniéndole otra vez en el momento en que va  
a subir). Aquí te le tengo, aquí te le tengo.  
¡Hasta que bajes yo me le abrazaré! (Elicia  
ha terminado de vestirse. Compone el gesto y  
baja).

Elicia            ¡Ay, maldito traidor! ¡Postema y landre te maten,  
y en poder de rigurosa justicia te veas! ¡Ay,  
pobre de mí! ¡Ay, ay, ay! (Solloza sobre la mesa).

Sempronio        ¿Qué tienes, Elicia mía? ¿Por qué está congoja?

Elicia            ¡Tres días sin venir a verme! ¡Ay, de la triste  
que en ti tiene toda su esperanza y todo su bien!

Sempronio        ¡Calla, calla, señora mía! ¿Piensas que la dis-  
tancia tiene poder contra el fuego de mi corazón?  
(La besa en la nuca. Crito sale de puntillas a  
buscar una prenda que olvidó; derriba una silla  
y corre nuevamente a su escondrijo). ¿Qué pasos  
suenan arriba?

Elicia            ¿Pasos? Ya salió el celoso. (Muy ofendida).  
¡Será algún enamorado que tendré escondido!

Sempronio        Bien pudiera ser.

Elicia            ¿Pudiera? ¡A la fe que es verdad! ¡Sube!  
¡Sube y le verás!

Sempronio        ¡Pues voy! (Va resuelto a la escalera. Celes-  
tina le ataja).

■ Celestina      Anda acá, hijo, dame otro abrazo, y deja a esa  
loca. ¡Que tu ausencia la ha sacado de seso y  
dirá mil desatinos!



Sempronio      Sí, pero... ¿quién está arriba?

Celestina      ¿Quiéreslo saber? (Baja la voz). Una moza que me encomendó un fraile.

Sempronio      ¿Qué fraile?

Celestina      ¿Y eso te importa?

Sempronio      Por mi vida, madre..., ¿qué fraile?

Celestina      ¿Porfías? El ministro..., ¡el gordo!

Sempronio      ¿El gordo?...? (Ríe). ¡Ay, desventurada! ¡Buena carga le espera!

Celestina      Las mujeres todos los pesos los soportamos. ¡Pocas mataduras habrás visto tú en la barri- ga!

Sempronio      (Vuelve a la escalera). Quiero ver a esa mujer.

Elicia      (Un grito dolido). ¿Oyes esto, madre? ¡Como es moza y nueva, quiere verla! Los ojos se te saltan, que no te basta ninguna. Anda, sube, sube con ella, y déjame a mí para siempre. (So- lloza).

Sempronio      (Acude a consolarla). Calla y no te enojés, que no la quiero ver, ni a ella ni a ninguna. Con madre Celestina quiero hablar para prove- cho de los dos. Toma el manto y vamos.

Elicia      Vete, vete desconocido, y lo mismo que estos tres días no me vuelvas a ver en otros tres años.

Celestina      Vamos, Elicia, quédate. Y cierra bien la puerta. ¡Adios, paredes! (Celestina ha tomado su manto y sale con Sempronio. Elicia atisba. Y luego llama en voz baja a Crito. Comienza a subir. Crito aparece en el umbral. La casa de Celes- tina va desapareciendo por un lado mientras al otro se prolonga la calle. Celestina y Sempro- nio por la calle).

Sempronio      ¡Oh, madre Celestina! Ante todo quiero que se- pas que desde que puse mi fe en ti no deseo ningún bien en el que tú no tengas parte.

Celestina      Parta Dios de lo suyo contigo por la piedad que tienes de esta vieja pecadora. Pero abrevia y vamos al hecho, que nuestra amistad no ha menes- ter preámbulos ni corolarios; y vano es decir con muchas palabras lo que con pocas se puede entender.

Sempronio      Pues este es el hecho: Calixto arde en amores por Melibea. De ti y de mí tiene necesidad. Y pues juntos nos ha menester, razón será que jun- tos nos aprovechemos de la mucha ganancia que de esto nos puede venir.

Celestina      Me alegro de esas nuevas como los cirujanos de los descalabrados. Y así como ellos exageran el mal encareciendo la promesa de la salud, así pienso yo hacer con Calixto: alargarle la cer- teza de su remedio, porque, como dicen, la espe- ranza larga afloja el corazón, y a medida que la vaya perdiendo yo se la volveré a encender... ¡Y ya me entiendes! (Gesto de dinero).



Sempronio Callemos, que a su puerta estamos y las paredes oyen.

Celestina Llama. (Sempronio llama al aldabón).

La calle ha ido desapareciendo, mientras entra en escena la casa de Calixto, el cual está postrado, como dormitando. Al oír el aldabón se incorpora bruscamente llamando.

Calixto ¡Pármene! ¡Pármene!...

Pármene (Entrando). ¿Señor...?

Calixto ¿No oyes, maldito sordo, que a la puerta llaman? Corre. (Pármene se asoma a la ventana). ¿Quién es?

Pármene Señor, son Sempronio y una puta vieja alcoholada.

Calixto Calla, calla, malvado, que es mi salvación. ¡No hables así de ella!

Pármene ¿Crees que es vituperio en sus orejas el nombre que la llamé? Al contrario, que así le da gloria oírlo como a ti cuando dicen: "¡Qué gran caballero es Calixto!" Si entre cien mujeres gritas "¡puta vieja!", verás con qué alegría vuelve la cara contestando. En los convites, en las bodas, en las cofradías, en los mortuorios, en todos los ayuntamientos de gentes, con ella pasan el tiempo. Cuando ella pasa, lo que ladran los perros, lo que balan las ovejas, lo que las bestias rebuznan, no es otra cosa que "¡puta vieja!" Si va entre los herreros, puta-puta-puta dicen sus martillos. Carpinteros, herradores, todo oficio de instrumento forma en el aire su nombre. Péinanla los peinadores, téjenla los tejedores. Los labradores en las aradas, en las viñas, en las segadas, con ella pasan su afán. Todo lo que en el mundo suena, suena ese nombre. Pero ¡qué más si hasta las piedras, al rodar unas sobre otras, suenan: "Puta vieja..., puta vieja..., puta vieja"...

Calixto ¿Y tú cómo lo sabes y la conoces?

Pármene Hace mucho mi pobre madre moraba en su vecindad, y de niño serví a esta Celestina, que tenía al cabo de la ciudad, cerca de las tenerías, en la cuesta del río, una casa apartada donde ejercía los seis oficios que tiene, a saber: labradora, perfumera, un poquito hechicera, alcahueta y maestra de hacer virgos. Era el primer oficio cobertura de los otros, so color del cual muchas sirvientas entraban en su casa; ninguna sin su trigo o su jarro de vino o lo que a sus amas pudieran hurtar. Era muy amiga de estudiantes y dispenseros a los cuales vendía aquella inocente sangre. Llegó a más: que por medio de estas cuitadas entraba en relación con las más encerradas doncellas, y sin perdonar lugar honesto, tales como procesiones de noche, misas del gallo y del alba, y otras secretas devociones. Muchas vi entrar en su casa tapadas, y detrás hombres embozados. ¡Qué tráfagos se traía tomando estambre aquí y dándolo a hilar allí para entrar en todas las casas! Y en todas "madre acá, madre acullá, cata vieja, ya viene el ama". Con todo, nunca perdía misa ni víspera, ni dejaba monasterio de frailes o de monjas, donde hacía sus conciertos. En su casa hacía perfumes falseando estoraque, benjuí, ambar, algalia y almizcle. Tenía una cámara llena de alambiques y redomas, en que hacía so-



limán y toda clase de aguas de rostro. Adelgazaba la piel con zumo de limón. Sacaba aguas de olor, de rosas y azahar, de trébol y de jazmín, de madreselva y de clavellinas polvorizadas con vino. Para enrubiar los cabellos hacía lejías de sarmientos y de centeno. Los untos y mantecas que tenía sería nunca acabar: de oso, de camello y de sierpe, de gato montés, y un bálsamo que guardaba secreto para la cicatriz de la cuchillada que tiene en la nariz. Pues con sus agujas y sus hilos de seda, qué maravillas no haría con los virgos, que cuando vino por aquí el embajador de Francia, tres veces le vendió por virgen una criada que tenía.

Calixto            ¡Así pudiera ciento!

Pármeneo        Y aún hay más: era hechicera maestra en remediar amores, con sus filtros de corazón de ciervo, lengua de víbora, soga de ahorcado y piedra de nido de águila. A ella venían muchos hombres y mujeres a pedir bebedizos de amor; a unos les pedía un trozo del pan que habían mordido; a otros, un jirón de su ropa; a otros, pintaba en las palmas letras con azafrán o bermellón; a otros, daba unos corazones de cera llenos de agujas quebradas... Pintaba figuras... Decía palabras en tierra... (Se santigua). Santo Dios, ¿qué mentira y brujería habrá que esta Celestina no hiciera?

Calixto        Bien está, Pármeneo. Bastante me has avisado y te lo tengo en gracia. Pero no nos detengamos más, que la necesidad desecha la tardanza, y ella, que viene rogada, está esperando. Vamos a ver a la que trae mi salud.

Celestina       Pasos siento. Haz que no los oyes y déjame hablar a mí.

Sempronio      Habla.

Celestina       (Voz alta). No me acongojes más, Sempronio. Tanto sientes la pena de tu amo Calixto que no parece sino que tú eres él y él tú. Pero aquí estoy yo para acabar con sus tormentos o morir en la demanda.

Calixto        ¿Oyes, Pármeneo? ¡Oh, notable mujer de tan alto corazón! ¡Oh mi fiel Sempronio!

Pármeneo       Téplate y no te apresures, que aunque soy mozo he visto muchas cosas. De verte o de oírte hablan así, fingiendo las palabras que tú quisieras oír.

Sempronio      Celestina: mal me sueña lo que Pármeneo dice de nosotros.

Celestina       Déjamele a mí, que yo le haré de los nuestros ofreciéndole parte en el negocio. Cenemos todos, partamos todos, y holguemos todos.

Calixto        (A Pármeneo). ¡Qué esperas, llve de mivida! ¡Abre! ¡Oh, ya la veo! ¡Mira qué reverenda persona! ¡Cómo se conoce en su rostro la virtud interior! ¡Oh, vejez virtuosa! ¡Oh, virtud envejecida! ¡Oh esperanza de mi fin y fin de mi esperanza! ¡Tus manos quiero besar y adorar la tierra que pisas!



- Pármeno Ay desventurado Calixto, deshecho y vencido, adorando de rodillas a la que refregó sus espaldas por todos los burdeles. No tendrá redención, que perdida está quien tras perdido anda.
- Calixto ¿Qué decía la madre, Sempronio? Paréceme que pensaba que le ofrecía palabras para excusar galardón.
- Sempronio Así lo sentí.
- Calixto Pues ven conmigo y trae las llaves del arca, que yo sanaré su duda. Vamos sin tardar. (Sale con Sempronio).
- Celestina Pláceme, Pármeno, esta oportunidad para que conozcas el amor mío contigo. Aunque bien oí lo que de mí dijiste: que no pienses que con la vejez perdí el oído ni los otros exteriores sesos. Pero no hago caso, que la virtud manda no devolver mal por mal, y especialmente con los mozos como tú no bien instruidos en las cosas de este mundo. Has de saber que si Calixto anda quejoso de amores no lo debes juzgar por flaqueza; que el amor todas las cosas vence. Y sabe si no sabes, que dos conclusiones son verdaderas: la primera, que es forzoso al hombre amar a la mujer y la mujer al hombre; y la segunda, que el que verdaderamente ama es necesario que se turbe con el soberano deleite; que así lo dispuso Dios para que el linaje del hombre se perpetuase. Y no solo en la humana especie, sino en las aves, en las bestias, en los reptiles, y hasta en lo vegetativo, que también entre las plantas hay macho y hembra. ¿Qué dirás a esto, Pármeno? Vamos, simplecico, llégate acá, que no sabes nada del mundo ni de sus deleites. ¡Abrázame! Pero no..., mala rabia me mate si a mí te acerco, aunque vieja. Que por muy mozo que seas la voz tienes ya ronca y las barbas te apuntan. (Ríe maliciosa). Ah, loquito, angelico, putico, ¡y qué mal sosegada debes tener la punta de la barriga!
- Pármeno Como cola de alacrán. (Celestina ríe más). Pero no pretendas que me ría, cuando veo a mi señor Calixto perdido detrás de un deseo sin esperanza de buen fin. Y más viéndole buscar su remedio en ese bruto de Sempronio, que no lo puedo sufrir, y en manos de una puta vieja. (Celestina corta su risa de repente. Se yergue).
- Celestina Malos días vivas tú, bellaco, ¿y cómo te atreves...?
- Pármeno Porque te conozco.
- Celestina ¿Pues quién eres tú?
- Pármeno ¿Quién? Pármeno, hijo de tu compadre, que te serví de niño cuando vivías en la cuesta del río.
- Celestina ¡Jesús, Jesús, Jesús! (Se santigua). ¿Conque tú eres Pármeno, el hijo de Claudina?
- Pármeno A la fe, yo mismo.
- Celestina Pues mal fuego te queme, que tan puta vieja era tu madre como yo. (Vuelve a reír feliz, contemplándole). ¡Pero si es él, si es él..., por los santos de Dios! Acércate, ven acá, hijo, que mil azotes te di en este mundo y otros tantos besos. ¿Acuérdaste cuando dormías a mis pies?



- Pármeno            Sí, en buena fe. Y algunas veces, aunque niño, me subías a tu cabeceras y me apretabas contigo.
- Celestina            (Ríe tapándose la cara ruborosa). Mala landre te mate y qué cosas dice el desvergonzado. Pero dejemos burlas y escucha. Bien sabes cómo tus padres, que Dios haya, te dejaron a mi cuidado, de donde tú te escapaste siendo rapaz. Tu padre, antes de morir, fue a verme en secreto y me confió ante Dios un tesoro de oro y de plata, para que te lo entregase cuando fueras de cumplida edad. Desde entonces no hice otra cosa que buscarte gastando mis bienes y mi tiempo, hasta que el cielo te trajo otra vez a mí. Mucho dolor me dio saber cuánto has vagado por el mundo sin ganar provecho ni amigos; que, como dijo el sabio, los peregrinos, por la brevedad de su paso, tienen muchas posadas y pocas amistades; que el que está en muchos sitios no está en ninguno. Por tanto, hijo, deja los impetus de tu juventud; no vivas en flores y busca reposo. ¿Y dónde mejor que en mi consejo, al que tus padres te remitieron? Pues yo, como verdadera madre tuya, te digo que me ayudes ahora a servir en sus amores a tu señor Calixto. Y que busques tus amistades entre nosotros, y no entre los señores, que, como la sanguijuela, te sacarán la sangre olvidándote luego sin provecho. El con los suyos y tú con los tuyos. El tesoro que te he dicho, a su tiempo lo tendrás. Por ahora con este negocio de tu señor habrá para todos. Y mucho te aprovecharás siendo amigo de Sempronio.
- Pármeno            Celestina, temblando estoy de oírte y sin saber qué hacer. Por una parte téngote por madre; por otra, a Calixto por amo. Riqueza deseo, pero quien pronto sube pronto cae. Y no quisiera bienes mal ganados.
- Celestina            Yo sí. ¡A tuerto o a derecho, nuestra casa hasta el techo!
- Pármeno            No son pobres los que tienen poco, sino los que mucho desean.
- Celestina            Ay, hijo, bien dicen que la prudencia no puede ser sino en los viejos, y tú muy mozo eres. Bienes y amigos son menester. ¿Y dónde puedes encontrar mejor amigo que en Sempronio, en el cual concurren las tres maneras de la amistad, a saber: por bien, por provecho y por deleite? Por bien: iguales sois en virtud y voluntad. Por provecho: en la mano lo tenéis si os ponéis de acuerdo. Por placer: mozos sois los dos para juntos negociar amores. ¡Ay, si tú quisieras qué vida gozaríamos! ¿Sabes que Sempronio anda en amores con Elicia... y que Elicia es prima de Areusa?
- Pármeno            ¿De Areusa?
- Celestina            De Areusa.
- Pármeno            ¿De Areusa, hija de Eliso?
- Celestina            De Areusa, hija de Eliso.
- Pármeno            ¿Cierto?
- Celestina            Cierto.
- Pármeno            (Suspira largamente). ¡Maravillosa cosa es!
- Celestina            ¿Bien te parece?



- Pármemo ¡No hay cosa mejor!
- Celestina Pues si tú la quieres, aquí está quien te la dará.
- Pármemo (Se aleja). No te creo, madre. Por mi fe, no creo a nadie.
- Celestina Extremo es creer a todos, y error no creer a ninguno.
- Pármemo Aunque fuera cierto. No me atrevo. Déjame.
- Celestina ¡Ay, mezquino! De enfermo corazón es no poder soportar lo bueno. Dios da habas a quien no tiene quijadas.
- Pármemo Sempronio con sus vicios solo puede hacerme mal, y yo a él ningún bien. Si yo a la lujuria me inclinase, solo yo querría saberlo, para que al menos fuera oculto mi pecado.
- Celestina Sin experiencia hablas, que nada se goza alegremente sin compañía. En las cosas de amor, ¿hay mayor deleite que recontrarlas con un amigo?: "Esto le hice, esto me dijo, así la besé, así la tomé, aquí me mordió, rondemos su calle, mira su carta, tenme la escala, guarda la puerta, mira el cornudo, sola la deja!" Este, este es el verdadero deleite, Pármemo; que lo otro solo, mejor lo hacen los asnos en el prado.
- Pármemo ¡Calla, madre! No me convides con dulce veneno a mal consejo. ¡No me ciegues con polvos de sabroso afecto los ojos de la razón!
- Celestina ¿Y qué es razón, loco? ¿Qué es afecto, asnillo? Solo la prudencia lo determina. Y la prudencia no puede ser sin la experiendia. Y la experiencia no puede ser más que en los viejos. Y a los viejos nos llaman padres. Y los padres aconsejan a los hijos, como yo a ti, cuya vida y honra más que la mía deseo.
- Pármemo ¡Déjame, madre, déjame!
- Celestina ¿No quieres? Pues bien dijo el sabio, que mal fin tendrá quien menosprecia al que le aconseja. Y así, Pármemo, me despido de ti y de este negocio. ¡Adiós! (Ademán de salir).
- Pármemo ¡Espera, madre... espera! (Corre a ella). No se debe ensañar el maestro con la ignorancia del discípulo. Perdóname.
- Celestina De hombres es errar y de bestias porfiar. Por ende, alégrome que hayas limpiado las turbias telas de tus ojos, y respondido a la discreción y al sutil ingenio de tu padre, cuyo recuerdo me llena de lágrimas. (Se limpia una). Que en Dios y en mi ánima que, viéndote, no parece sino que le tengo vivo delante. Pero callemos, que ahí se acerca Calixto con tu nuevo amigo Sempronio. (Entran Calixto y Sempronio).
- Calixto Recibe, madre, la pobre dádiva de aquel que con ella la vida te ofrece.
- Celestina Lo mismo que en el oro labrado por el artífice, la obra sobrepuja a la materia, así aventaja a tu magnífico dar la gracia de tu liberalidad. Que la intención es lo que importa y no el peso de la dádiva. (Sopesa la bolsa distraidamente).



- Pármeno (Aparte). ¿Qué le dió, Sempronio?
- Sempronio Cien monedas de oro.
- Calixto Ve con eso a consolar tu casa, y vuelve luego a consolar la mía.
- Celestina Muy pronto tendrás consuelo. Queda con Dios, mi señor Calixto.
- Calixto El te guarde, madre Celestina. (Sale Celestina sopesando la bolsa). Hermanos míos: cien monedas de oro di a la madre. ¿Hice bien?
- Sempronio Bien hiciste, que de las riquezas mejor es el uso que la posesión, y más noble es el dante que el recipiente. Tórnate ahora a tu cámara y reposa, pues que tu negocio está depositado en tales manos.
- Calixto Mejor será que vayas con ella y no la dejes punto de reposo, pues que de su diligencia depende mi salvación. (Yo apenas supe mostrarle la tercia parte de esta mi secreta enfermedad. Tú, como libre de tal pasión, puedes hablarle a rienda suelta).
- Sempronio ¿Cómo puedo dejarte, si en cuánto te ves solo todo te vuelves desvaríos, suspirando, gimiendo, maltrovando y buscando nuevos modos de pensativo tormento, en lugar de componer canciones y naipes, contra los desvíos de Melibea?
- Calixto ¡Cómo, simple! ¿No sabes cuánto alivia la pena llorar su causa, y qué dulces son a los tristes las quejas de su pasión? Cuantos escribieron consuelos no dicen otra cosa.
- Sempronio Vuelve la hoja, lee más adelante y verás que también dicen que complacerse en la tristeza es género de locura. Como aquel loco Macías, ídolo de los amantes, que se quejaba del olvido porque le olvidaba. En el contemplar está la pena de amor y en el olvidar el descanso. Huye del dolor; finge alegría, y acabarás temiéndola.
- Calixto Pármeno quedará conmigo. Acompaña tú a esa mujer y ve con Dios. (Sempronio toma un hachón que le tiende Pármeno y sale). ¿Qué te parece de lo que hoy ha pasado? Celestina es buena maestra de estos negocios. Tú mismo la has probado a pesar de tu enemistad. Así que bien vale las cien monedas. ¿Qué dices?
- Pármeno Digo, señor, que mejor emplearías tu liberalidad en hacer presentes a Melibea, que no en dar dineros a esa mujer y, lo que es peor, hacerte su cautivo.
- Calixto ¿Cómo su cautivo?
- Pármeno Porque a quien dices tu secreto entregas tu libertad.
- Calixto Algo dice el necio. Pero has de saber que cuando hay mucha distancia entre el que ruega y el rogado, como entre Melibea y yo, es necesario intercesor que suba de mano en mano mi mensaje hasta sus oídos. ¿No lo apruebas?
- Pármeno Pienso que nunca un mal viene solo, y que un yerro es causa y puerta de muchos.



Calixto Apruebo el dicho, pero no entiendo la intención.

Pármemo Lo digo porque el perderse el otro día tu neblí fue causa de tu entrada en el huerto de Molibea; el entrar fue causa de verla y hablarle; el ver y hablar fueron la causa de tu amor; el amor es la causa de tu pena, y tu pena será la causa de perder tu cuerpo, tu alma y tu hacienda. Y lo que más siento es verte en manos de esa trota-conventos, tres veces emplumada.

Calixto Mal criado, bellaco, ¿por qué dices mal de lo que yo adoro? ¿Qué sabes tú de amor ni de honra? Todos los remedios que Sempronio me procura, tú me los quitas. Tú, que fingiéndote fiel eres un terrón de lisonja, bote de malicias y aposentamiento de la envidia. ¿No sabes que este dolor mío no se rige por razón, ni admite consejo que trate de despegar lo que no se podrá despegar sin llevarse las entrañas? ¡Bien se ve que no te duele donde a mí!

Pármemo Señor, estos momentáneos fuegos pasarán, y entonces conocerás que son mejores mis palabras para curar ese fuerte cáncer que las blandas de Sempronio, que lo ceban y lo atizan. Que más quiero que airado me reprendas porque te doy enojo, que no que arrepentido me condenes porque no te di consejo.

Calixto ¡Calla, calla, ¡perdidó! ¡Estoy yo muriendo de pena y tú filosofando! No resisto más. (Se pone rápidamente espada y capa gritando). ¡Ensillem mi caballo con su mejor atalaje! ¡Sosia! ¡Tristán! Tened el estribo y abrid la puerta de par en par... ¡Calixto va a pasear la calle de su señora y su dios! (Sale).

Pármemo ¡Allá irás con el diablo! ¡Que Celestina y Sempronio te espulguen! Ay, desdichado de mí, que unos se ganan por malos, y yo por bueno me pierdo. ¿Así es el mundo? Pues irme quiero al hilo de la gente, como bien me aconsejó Celestina con sus seis docenas de años a cuestas. ¿Que el amo dice comamos? ¡Yo a comer! ¿Que quiere derribar su casa? ¡Yo con él! ¿Que quiere quemar su hacienda? ¡Yo por fuego! ¡Destruya, rompa y quiebre, que algo me tocará, pues bien dicen que a río revuelto, etcétera, etcétera! ¡Nunca más perro a molino! (Oscuro en casa de Calixto. Luz en casa de Celestina, que está terminando de contar y guardar sus monedas en una arquilla. Al oír a Sempronio guarda apresuradamente su tesoro en la cómoda).

Sempronio (Desde la calle). ¡Celestina! ¡Madre Celestina!

Celestina (Abre). ¡Sempronio! ¿A qué vienes, hijo?

Sempronio Ese nuestro enfermo, que no sabe esperar.

Celestina No hay cosa más propia del que ama que la impaciencia. En un momento querrían poner en efecto sus pensamientos, y verlos concluidos antes que empezados. Mayormente esos novicios amantes, que contra cualquier sseñuelo vuela, sin pensar los peligros que el cumplimiento de sus deseos puede traer para sus personas y para sus sirvientes.

Sempronio ¿Peligros para sus sirvientes? ¡Parécete que nos puede venir algún daño a nosotros en este negocio?



- Celestina      Melibea es hija única y muy amada; su padre, Pleberio, es grande y honradísimo señor; y muchos y muy fieles sus criados. ¿No has pensado que de este ruego de Calixto podría saltar alguna centella que a nosotros nos queme? (Se sientan a la mesa. Vaso y jarro entre ambos).
- Sempronio      ¡Al diablo daría yo tales amores! ¡Al primer desconcierto que vea no como más su pan!
- Celestina      Espera lo que diga el tiempo; que si esto ha de venirse abajo, antes que caiga del todo dará señal como casa que se derrumba. No hay cosa difícil en su principio que el tiempo no la ablande; ni llaga que no afloje su tormento; ni placer que no amengüe su antigüedad. El mal y el bien, la pena y la gloria, todo pierde con el tiempo la fuerza de su principio.
- Sempronio      Dices bien, que hasta los casos de mpas admiración en cuanto pasados, olvidados. ¿No te maravillarías oír decir: la tierra tembló, helado está el río, el ciego ya ve, el rey entra hoy, a Pedro robaron, Inés se ahorcó, ganada es Granada? ¿Pues qué me dirás sino que a los tres días ya no hay quien de ello se maraville? Todo pasa, todo queda atrás. Pues así será este amor de mi amo, que cuanto más fuerte andado, tanto más disminuyendo. Procuremos sacar provecho mientras dure, si a pie enjuto le podemos remediar. Y si no, paso atrás: que más vale que pene el amo, que no que peligre el criado.
- Celestina      Bien has dicho. Contigo estoy. Agradado me has. Pero todavía es necesario que el buen procurador ponga algún trabajo, aunque sean fingidas razones y sofísticos actos. Siquiera porque lo vean y no digan que se gana holgando el salario.
- Sempronio      Haz a tu voluntad, que no será el primero de estos negocios que hayas tomado a tu cargo.
- Celestina      (Bebe y ríe). ¿El primero, hijo? ¿El primero...? A Dios gracias, pocas vírgenes habrás visto tú en esta ciudad, que hayan abierto tienda, de las cuales no haya sido yo corredora de su primera mercadería. En naciendo una muchacha la hago inscribir en mi registro para saber cuántas se me salen de la red. ¿Pues qué pensabas? ¿Habíame de mantener del aire? ¿Tengo otra viña u otra herencia, ni más hacienda que este oficio? En esta ciudad nacida, en ella criada y manteniendo casa a toda honra, ¿quien más conocida que yo? Quien no supiera mi nombre y mi casa, tenle por extranjero. (Ríen y beben los dos).
- Sempronio      Dime, madre, ¿qué te dijiste a mi compañero Pármeneo cuando yo entré con Calixto por el dinero?
- Celestina      Recordarle quién era su madre, porque si quiere decir mal de mí tropiece primero con ella.
- Sempronio      ¿Tanto la conociste?
- Celestina      ¡Su madre y yo, uña y carne! De ella aprendí todo lo mejor que sé de mi oficio. Juntas comíamos, juntas dormíamos; juntas en casa y fuera como dos hermanas. (Sobre vino y lágrimas). ¡Otra sería mi fortuna si ella me durara! ¡Ay, muerte, muerte, por uno que comes a su tiempo cuántos cortas en agraz! Bien siglo haya, que leal amiga y buena compañera me fue. Si yo traía



el pan, ella la carne; si yo ponía la mesa, ella los manteles. Y tan respetada que a cara descubierta podía ir hasta el cabo de la ciudad sin oír en todo el camino nada peor que "Señora Claudina, señora Claudina". Cuando creían que no había llegado ya ella estaba de vuelta. Y en todas partes convidaba, que jamás volvía sin un azumbre en el jarro y otro en el cuerpo. En cuantos bodegones había le fiaban, que su palabra era prenda como taza de plata. ¡Ay, si su hijo fuera como ella, a mi cargo que tu amo quedase sin pluma y nosotros sin queja! Pero déjamele, que si vivo yo le marcaré con mi hierro.

Sempronio      ¿Cómo vas a hacerlo si es un traidor?

Celestina      A un traidor, dos alevosos. Yo le echaré en los brazos de Areusa, y será de los nuestros mientras tendemos las redes a las doblas de Calixto.

Sempronio      ¿Crees que podrás alcanzar algo de Melibea?

Celestina      No hay cirujano que a la primera cura juzgue la herida. Lo que yo veo al presente te diré: Melibea es hermosa, Calixto, loco y generoso. Ni a él le dará pena gastar ni a mí trajinar. ¡Conque bulla moneda y dure el pleito lo que durare! A casa de Melibea voy, que aunque es brava, no será la primera a quien yo he hecho perder el cacarear. Al principio todas son cosquillosas; mas después que una vez consienten sobre sí la silla nunca más se la dejarían quitar. Muertas sí, pero cansadas no. Buscan la noche y nunca querrían que amaneciese. Maldicen los gallos porque anuncian el día, y al reloj porque va tan aprisa. Hácense estrelleras, y cuando ven salir el lucero del alba se les oscurece el corazón. (Bebe y sispira largamente). Ay... bien conozco ese camino, que tampoco yo me cansé nunca de andarlo. Y aun vieja como soy, Dios sabe mi buen deseo. ¡Cuanto más estas mozas, que no necesitan fuego para hervir! Al primer abrazo quedan cautivas; ruegan a quien rogó, pegan por el penado, hácense siervas de quien eran señoras. Y todo por aquel dulzor del primer beso. Que las mujeres son enemigas del medio. Siempre están en los extremos.

Sempronio      No te entiendo esos términos, madre.

Celestina      Digo que las mujeres o mucho aman o mucho odian. Así que cuando se despiden de un querer no pueden tener las riendas del desamor. Y con esto, que sé cierto, voy más consolada a casa de Melibea; porque sé que aunque ahora yo le ruegue al fin ella me ha de rogar. (Levanta saya y sobresaya y saca sus aparejos de la cómoda). Llevaré, como hago siempre, un poco de hilado en esta faltriquera para tener disculpa de entrar en las casas donde no soy muy conocida. (Y otros parejos, como franjas y gorgueras, albayalde y solimán, y hasta agujas y alfileres, que también hay quien tal pide). (Va guardando todo en su faltriquera).

Sempronio      Mira bien lo que haces; que su padre es noble y bravo, su madre celosa, Melibea, todo su bien, y tú la misma sospecha. Mira no vayas por lana y vuelvas sin pluma.

Celestina      ¿Sin pluma?

Sempronio      O emplumada, que es peor.



- Celestina      ¡A la fe! ¿Vas tú a enseñar a Celestina su oficio? ¡Si cuando tú naciste ya comía yo pan con corteza! ¡Buen compañero eres tú, cargado de agujeros y recelos! (Aparece Elicia en la escalera).
- Elicia          ¡Sempronio, aquí! ¡Santiguarme quiero y hacer una raya en el agua! ¿Qué novedad es esta, venir hoy dos veces?
- Celestina      Calla, boba, y déjale, que otro pensamiento tenemos. Dime, ¿está desocupada la casa? ¿Se fue la moza que esperaba el ministro?
- Elicia          Y aun después vino otra, y también se fue.
- Celestina      ¿En balde?
- Elicia          Ni el cielo lo quiera; fque aunque vino tarde, más vale a quien Dios ayuda, etcétera, etcétera.
- Celestina      Pues bájame del sobrado de la solana el bote del aceite serpentino. Lo hallarás colgado en la soga que traje del campo la otra noche, cuando llovía y hacía oscuro. (Sube Elicia). Y en el arca de los lizos, a mano derecha, encontrarás un papel escrito con sangre de murciélago. (Devuelve al jarro los restos de los vasos).
- Elicia          No está donde dices, madre. Jamás te acuerdas cosa que guardas.
- Celestina      En la cámara de los ungüentos lo hallarás; en la pelleja del gato negro, donde te mandé meter los ojos de la loba. Y mira no derrames el agua de mayo que me trajeron a confeccionar. (Baja Elicia).
- Elicia          Aquí está todo, madre. ¿Qué hago ahora?
- Celestina      Ahora déjame. Súbete arriba.
- Elicia          ¿Sola?
- Sempronio      ¡Con Sempronio, boba! (Suben abrazados, ahogando risas. Corren la cortina del lecho. Celestina, con un bastón, traza en el suelo las cinco rayas del pentaclo. Tira el bastón y salta dentro, con las manos en higa. Se ha puesto el negro manto. Durante el conjuro la luz desciende, quedando ella sola iluminada).
- Celestina      Conjúrote, Plutón, señor de las profundidades infernales, capitán soberbio de los condenados ángeles, señor de los sulfúreos fuegos que los volcanes mana, gobernador de los tormentos de las pecadoras ánimas... Yo, Celestina, te conjuro por la virtud de estas bermejas letras; por la sangre de la nocturna ave con que están escritas; por los signos que en este papel se contienen; por la ponzoña de las víboras con que este aceite fue hecho, con el cual unto este hilado... vengas sin tardanza a obedecer mi voluntad, y en este hilo te quedes envuelto hasta que Melibea lo compre y de tal manera quede en él enredada, que cuanto más lo mire tanto más su corazón se ablande; y se lo abres y lastimes de crudo amor de Calixto, tanto que, despedida toda honestidad, se entregue a mí premiando mis pasos y mensaje. Y, esto hecho, pide demanda de mí a tu voluntad. Si no lo haces tendrásme por capital enemiga;



heriré con luz tus cárceles oscuras y apremiaré con ásperas palabras tu horrible nombre. Y otra vez, y otra vez, y otra vez te conjuro. (Salta fuera del pentaclo y cambia el tono. Vuelve la luz). Y así, confiada en mi mucho poder, parto para casa de Melibea, donde atado llevo al diablo. (Sale cubriéndose. Arriba se oyen ahogados los retozos de Sempronio y Elicia. Mientras se corre lentamente a una lado la casa de Celestina aparece en el otro la de Melibea, que pueda ser en todo igual que la de Calixto, cambiados muebles, paramentos y color. Celestina haldea por la calle echando sus cuentas). ¡Ay, cuitada de mí, en qué lazo me he metido! Que si me siente en estos pasos el padre de Melibea acabaré manteada o azotada. ¡Pues amargas cien monedas serían esas! Si voy, grande es el peligro. Y si no voy, ¿qué dirá de mí Calixto? Diráme: "Alcahueta falsa, que para todos tienes pies y para mí sólo lengua. Pues, vieja traidora, si te habías de acobardar, ¿por qué te me ofreciste?" Ay, triste de mí; mal acá, mal acullá, pena en ambas partes. ¿Volveréme atrás? ¿Pondré mi persona al tablero? (Se detiene. Vacila). Pues iré, que mayor es la vergüenza de quedar por cobarde que la pena por osadía. Ya veo su puerta. Esfuerza, Celestina, esfuerza que, o yo no sé nada de este arte, o todos los agujeros son favorables: ni perro me ha ladrado, ni cuervo he visto ni otras aves negras, y de cuatro hombres que he topado tres se llaman Juanes y dos eran cornudos. Y lo mejor de todo es que a la puerta de Melibea veo a Lucrecia, prima de Elicia. No me será contraria. (Llega). ¡La paz sea en esta casa!

- Lucrecia Celestina, madre: ¿qué Dios te trae por estos barrios?
- Celestina Hija, traerte encomiendas de tu prima Elicia, y ver a tus dos señoras, vieja y moza, que desde que mudé de barrio no han sido por mí visitadas.
- Lucrecia ¿Solo a eso saliste de casa? Maravíllome, que no es costumbre tuya dar paso sin provecho.
- Celestina También, como a los viejos nunca faltan necesidades y tengo que mantener hijas ajenas, ando a vender un poco de hilado.
- Lucrecia Bien decía yo, que nunca metes cuchara sin sacar tajada. Pero mi señora tiene necesidad de ello y tú de venderlo. Espera, que os entenderéis. (Entra Alisa).
- Alisa ¿Con quién hablas, Lucrecia?
- Lucrecia Señora, con aquella vieja de la cuchillada en la nariz, que solía vivir en las tenerías, en la cuesta del río.
- Alisa Así la reconozco menos. Si me das a entender lo desconocido por lo menos conocido es como coger agua en un cesto.
- Lucrecia Jesús, señora, más conocida es esa vieja que la ruda. ¿No tienes memoria de aquella que pusieron en la picota por bruja, que vendía mozas a los abades y descasaba mil casados?
- Alisa ¿Qué oficio tiene?
- Lucrecia Perfuma tocas, hace solimán, conoce mucho de yerbas, cura niños, y aún algunos le llaman la vieja lapidaria.



- Alisa                   ¿Sabes su nombre?
- Lucrecia               ¿Si lo sé? No hay en toda la ciudad quien no lo sepa. Pero me da vergüenza decirlo.
- Alisa                   Anda, boba, dile.
- Lucrecia               Celestina, con perdón, es su nombre.
- Alisa                   Ya me voy recordando. ¡Buena pieza! Algo vendrá a pedir. Dile que pase.
- Lucrecia               Pasa, tía Celestina.
- Celestina              Señora buena: la gracia de Dios sea contigo y con tu noble hija. Mis pasiones y enfermedades me han impedido visitar tu casa como era razón, pero la distancia no despega el querer de los corazones. Entre mis fortunas adversas me sobrevino falta de dinero, y no hallé remedio mejor que vender este hilado, que aquí ves, si de ello te quieres servir.
- Alisa                   Vecina honrada, todo lo dicho te agradezco; y si el hilado es bueno te será bien pagado.
- Celestina              ¿Bueno? Delgado como el pelo de la cabeza, recio como cuerdas de vihuela, blanco como el copo de la nieve, hilado por estos pulgares. ¡Míralo! Tres monedas me daban ayer por la caza, así goce de esta alma pecadora.
- Alisa                   (Llama). ¡Hija Melibea! Ella se quedará contigo, que yo he de ir a visitar a mi hermana, que anda con dolor de costado. En tus devociones ruega tú, vecina, por su salud a Dios.
- Celestina              Yo te prometo, señora, ir rogando por todos esos monasterios, donde tengo tantos frailes devotos míos. (Entra Melibea. Alisa se pone el manto).
- Alisa                   Melibea, hija, contenta a la vecina en todo lo que fuere razón darle por ese hilado. Y tú, madre, perdóname, que otro día vendá en que más nos veamos.
- Celestina              El perdón sobre donde el yerno falta. Buena compañía me que da con tu hija. (Sale Alisa). Dios la deje gozar su florida mocedad, que es el tiempo del placer. Que la vejez no es sino mesón de enfermedades, congoja continua y choza sin rama que por todas partes se llueve.
- Melibea                ¿Por qué dice, madre, tanto mal de lo que todo el mundo quisiera llegar a ver?
- Celestina              Desean llegar porque llegando viven, y el vivir es dulce, y viviendo envejecen. Así que el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el viejo más. ¿Pero quién te podría contar los daños de la vejez, sus fatigas y cuidados, su frío y su pesadumbre, aquel poco oír, aquel poco ver, puestos los ojos a la sombra, y aquella falta de fuerzas? ¡Pues, ay, señora, si todo lo dicho viene acompañado de pobreza, ahí verás callar todas las otras penas! ¡Que nunca se vio peor harto que el harto de hambre!
- Melibea                Pues siendo así, gran pena tendrás por la edad que perdiste. ¿Quisieras volver a la primera?
- Celestina              Loco sería el caminante que cansado de la jornada quisiera volver al comienzo para tornar otra vez al mismo lugar. Las cosas desagradables



más vale tenerlas que esperarlas, porque más cerca está su fin cuanto más andado el camino. Así que, aunque la mocedad sea alegre, el verdadero viejo no la desea. ¡Falta de seso es no amar, sino lo que se perdió!

Melibea      Siquiera por vivir más es bueno desear lo que digo.

Celestina    Tan presto, señora, se va el cordero como el carnero. Ninguno es tan viejo que no pueda vivir un año más, ni tan mozo que no pueda morir hoy.

Melibea      Espantada me tienes con tus razones. ¿Eres tú, Celestina, la que vivía en las tenerías, junto al río?

Celestina    La misma, hasta que Dios quiera.

Melibea      Años han pasado. Yo te recuerdo hermosa.

Celestina    Señora, detén tú el tiempo que no ande y yo guardaré mi forma que no se mude. ¿No has leído que vendrá un día en que al espejo no te conozcas? Pero también parezco de doblada edad porque encanecí temprano. Que así goce yo de esta alma pecadora y tú de ese cuerpo gracioso, que de cuatro hijas que parió mi madre yo fui la menor.

Melibea      Celestina, amiga, yo he holgado mucho con verte y oír tus razones. Toma tu dinero y vete con Dios, que ya es hora de cenar. (Toma su bastidor y se sienta a bordar).

Celestina    ¡Oh angélica image, oh perla preciosa, y cómo lo dices que es un gozo verte hablar! ¿No sabes que por la divina boca fue dicho que no solo de pan viviremos? Pues así se me ocurre a mí, que me suelo pasar los días en ayunas, trabajando para servir a otros más que para contentarme yo. Pues, si me das licencia, diréte la causa de mi venida, que es por ajenas necesidades y no por las mías.

Melibea      Pide lo que quieras, sea para quien fuere.

Celestina    Para un enfermo de muerte, que con una sola palabra tuya que le lleve, tiene por fe que sanará.

Melibea      Vieja honrada, no te entiendo si no declaras más tu demanda. Yo soy dichosa si hay necesidad de mi palabra para salud de algún cristiano. Porque hacer beneficio a persona digna es tanto como recibirlo. Y dicen, además, que el que puede curar al que padece y no lo hace, le mata. Así que no dejes tu petición por temor.

Celestina    El temor perdí mirando, señora, tu belleza. Que no puedo creer que Dios pintase en balde esa hermosura, sino para hacerla almacén de virtudes, de misericordia y compasión. Por cierto, que no se puede llamar nacido el que para sí solo nació. Que hasta en los brutos animales los hay piadosos, como se dice del unicornio que se humilla a las doncellas, y del perro que cuando viene a morder si se echan al suelo no hace mal por piedad. Pues si así son los animales, ¿por qué hemos de ser más crueles los humanos mayormente cuando la que puede dar la medicina es la misma que dio la enfermedad?



- Melibea Por Dios no dilates más y dime quién es ese doliente, y qué mal tan perplejo sufre que su pasión y su remedio salen de una misma fuente.
- Celestina Bien habrás oído hablar de él... Un caballero mancebo, gentilhombre de clara sangre, que llaman Calixto.
- Melibea (Suspende su labor). ¡Ya, ya, ya! No digas más. ¿Ese es el doliente por quien has dado este paso, desvergonzada? ¿Qué siente ese perdido que con tanta pasión vienes? ¿De locura será su mal! Pues si me hallara desprevenida, ¡mira con qué traidoras palabras me entrabas! No se dice en vano que lo peor de la mala mujer es la lengua. (Se levanta airada). Quemada seas, alcahueta falsa, hechicera enemiga de la honestidad. ¡Jesús, Jesús! ¿Querías condenar mi honra para sacar provecho de mi perdición? ¿Piensas que no he entendido tu dañado mensaje? Responde, traidora: ¿cómo te has atrevido a tanto?
- Celestina Por Dios, señora, déjame terminar, y veras como todo es más servicio de Dios que pasos deshonestos. Si yo pensara que tan de ligero ibas a levantar sospecha, ni con tu licencia me hubiera atrevido a hablar de Calixto.
- Melibea ¡Jesús! ¡No oiga yo mentar más a ese loco saltaparedes! Ese, el que el otro día se metió en mi huerto y comenzó a decirme desvaríos haciéndose mucho el galán. Dile que si pensó que el campo quedaba por suyo porque callé, fue porque preferí dejarle por loco antes que publicar su atrevimiento. Y que se aparte de ese propósito si no quiere pagarlo caro. Y tú, vuélvete con esta respuesta, y da gracias a Dios, pues sales tan libre de esta feria.
- Celestina (Más fuerte estaba Troya. Y otras más bravas he amansado yo. Ninguna tempestad dura mucho).
- Melibea ¿Qué dices, enemiga?
- Celestina Que estás muy rigurosa y no me maravillo; que la sangre nueva poco calor necesita para hervir.
- Melibea ¿Qué palabra mía querías llevar a ese hombre que a mí no me estuviese mal?
- Celestina Una oración que le dijeron que tú sabías, de Santa Polonia, contra el dolor de muelas. Y ese cordón tuyo, que es fama que ha tocado todas las reliquias de Roma y de Jerusalén. Para eso fue mi venida. (Fingiendo que se va llorosa). Pero sufra él su dolor por buscar tan mala mensajera; que si en tu mucha virtud no fui capaz de encontrar piedad, tampoco encontraría agua si fuera a buscarla al mar. Adios, señora.
- Melibea Espera, buena vieja. Si solo era eso lo que querías, ¿por qué no lo expresaste bien claro?
- Celestina Porque mi limpio motivo me hizo creer que no había de merecer sospecha. Si él en algo te ofendió, ¿tengo yo culpa por ser su mensajera?
- Melibea Tanto y tanto me han dicho de tus falsas mañas, que no sé si creer que solo viniste a pedir oración.
- Celestina Eres mi señora y tégome de callar. Pero tu mala palabra de hoy será víspera de una suya. Que si no la he ganado con la lengua, tampoco la he perdido con la intención.



- Melibea            Mal hiciste en nombrarme a ese caballero que conmigo se atrevió; pero, ya que todo viene de buena parte, quede perdonado. Que es obra santa curar a los pasionados y enfermos.
- Celestina        ¡Y qué enfermo, señora! Por Dios que si le conocieses bien no le juzgaras con tanta ira. Hiel no tiene ninguna; gracias, dos mil. Generoso, valiente, alegre, gesto de rey. Su presencia, otra lengua que la mía haría falta para contarla. Ahora, señora, le tiene derribado un dolor de muelas, que no se deja de quejar.
- Melibea            ¿Y cuánto tiempo ha?
- Celestina        Podrá ser de unos veintitrés años.
- Melibea            No te pregunto su edad ni tengo necesidad de saberlo, sino cuánto tiempo hace que tiene ese mal.
- Celestina        Ocho días, señora. Y su único consuelo es tañer a la vihuela unas canciones tan lastimera que es como si a las cuerdas hiciera hablar. ¡Pues si canta, las aves se paran a escuchar! No hay mujer que al verle no alabe a Dios que así le pintó. Y si él le habla ya no es más señora de sí que lo que él ordena.
- Melibea            Cuánto me pesa que siendo inocente hayas padecido las alteraciones de mi airada lengua. En pago de tu buena manera de sufrirlo, toma mi cordón. La oración la tengo en este bargueño; pero como ya no habrá tiempo de escribirla antes que vuelva mi madre, ven mañana por ella. Pero ven... secretamente.
- Lucrecia          (¿Secretamente? Ay, ay, ay. Perdida es mi ama).
- Melibea            No le digas a ese caballero lo mal que dije de él, no me tenga por cruel y arrebatada. Y en pago de lo sufrido, más haré por él si es menester. (Busca en su bargueño el papel de la oración).
- Celestina        (Más será menester. Y más y más harás). (Se acerca a Lucrecia. Voz baja). Vete luego a casa y te daré una lejía para que te brillen esos cabellos más que el oro. No se lo digas a tu señora. Y aun te daré unos polvos para el buen aliento...
- Lucrecia          Dios te dé buena vejez, que más necesidad tenía yo de eso que de comer.
- Melibea            (Se vuelve desde el bargueño). ¿Qué le estás diciendo, madre?
- Celestina        Que bien hiciste en enojarte, puesto que sospechaste de mis palabras. Pero aunque fueran lo que tú pensabas, tampoco serían malas en sí. Porque todos los días hay hombres penando por mujeres y mujeres por hombres. ¿Y quién hace eso? La Naturaleza. ¿Y a la Naturaleza quién la hizo? Dios. Y Dios no hizo cosa ninguna mala. Y con esto, me voy a casa de ese caballero que solo de llevarle tu cordón ya espero encontrarle más aliviado.
- Melibea            Ve con Dios, que ni tu mensaje me ha traído provecho ni creo que puede traerme ningún daño.
- Celestina        Hasta mañana, mi señora.



Melibea      Hasta mañana, madre Celestina. (Sale Celestina. Melibea copia la oración mientras la casa se vá desapareciendo y Celestina haldea por la calle).

Celestina    Ay Celestina, y qué cerca estuviste de perderte si tu astucia no rigiera las velas de la petición. ¡Qué doncella brava! Pero ¡alégrate, Celestina!, que cuando las cosas tienen buen principio, ya está hecha la mitad. ¡Gracias, demonio, que la amansaste! Gracias, serpentino aceite. ¡Gracias, blanco hilado! ¡Cómo os emparejasteis todo en mi favor! Oh fortuna, cómo ayudas a los osados. Nunca huyendo huye la muerte al cobarde. (Besa el cordón repetidas veces y hace con él un nudo). Ay cordón, cordón: yo te haré traer por la fuerza a la que no quiso darme de grado su buena palabra.

# INTERVALO

## PARTE SEGUNDA

### Casa de Calixto

Pármemo y Sempronio juegan a dados junto a la ventana.

Sempronio    ¿Quién es aquella que viene haldeando calle arriba? ¿No es Celestina?

Pármemo      Ella es. (Llama). Señor, señor, a Celestina veo venir.

Calixto       (Dentro). ¿Cómo, vesla venir y lo dices así? (Entra despeinado, en mangas de camisa, ciñéndose el jubón). ¿No puedes decirlo corriendo a abrir la puerta? Ay pobres oídos míos: estad preparados a lo que viniere, que en boca de Celestina está ahora el alivio o la pena de mi corazón. Ahora comprendo que es más penoso al delincuente esperar la sentencia que la ya sabida muerte. Oh despacioso Pármemo, manos de muerto, quita ya esa aldaba y que entre esa honrada dueña en cuya lengua está mi vida. (Entra Celestina. Calixto se adelanta temblando a su encuentro). ¡Habla, habla, señora y madre mía!

Celestina     ¡Oh, mi señor Calixto, amador de la muy hermosa Melibea! ¿Con qué podrás pagar a la vieja que, por tu servicio, se ha puesto en tal peligro que solo de pensarlo se me vacían de sangre todas las venas? Mi vida hubiera dado por menos que por este manto viejo y raído.

Pármemo       (Aparte a Sempronio). Ella, a lo suyo; ya salió lo del manto viejo. Después vendrá la saya. Entre col y col, lechuga. No le pierdas palabra y verás como no quiere pedir dinero porque es divisible.

Calixto       ¡Abrevia tus palabras y toma esta espada y má-tame!

Celestina     ¿Espada? Mala espada mate a tus enemigos, que yo la vida te quiero dar con la buena esperanza de aquella que tú más amas.

Calixto       ¿Buena esperanza, señora?

Celestina     Buena, pues queda la puerta abierta para mi vuelta; y antes que a otro con seda y brocado me recibirá a mi con esta saya rota.



- Pármeno (¿Oyes, Sempronio? ¡Ya encajó lo de la saya rota!)
- Sempronio Calla y déjala, que si anda rondando su vestido hace bien, pues el abad de lo que canta viste. Codiciosa es, pero déjala ahora bardar sus paredes que después bardará las nuestras ¡o en malhora nos conoció!
- Calixto Dime, por Dios, ¿qué hacía? ¿Cómo entraste? ¿Qué vestido tenía? ¿En qué parte de la casa estaba? ¿Qué cara te puso al oírte?
- Celestina ¿Cara? La que ponen los toros bravos en el coso; la misma que el jabalí pone a los perros.
- Calixto ¿Y a eso llamas señales de salud? ¡Pues cuáles serán mortales!
- Celestina La mayor gloria que se da al secreto oficio de la abeja es que todo lo que ella toca se convierte en mejor de lo que es. Así hice yo con la esquivia Melibea, y todo su rigor te he traído convertido en miel. ¿Pues a qué iba yo allá, sino a ser tu escudo, a recibir por ti los golpes, los menosprecios y desdenes que las mujeres muestran al principio del amor para que después sea más precida la entrega? Que si todas dicesen que sí a la entrada, ¿qué diferencia habría entre las públicas y las escondidas doncellas?
- Calixto estaba? ¿Qué cara te puso al oírte?
- Calixto Siéntate y cuéntame todo, que de rodillas quiero escucharte. ¿Con qué disculpa entraste?
- Celestina coso; la misma que el jabalí pone a los perros.
- Celestina Vender un hilado, con el que tengo casadas muchas como ella, y algunas más altas.
- Calixto serán mortales!
- Calixto Más altas serán de cuerpo, madre, pero no de gentileza, no de gracia y discreción, no de linaje, no de merecimientos y de virtud, no de espíritu y palabra...
- Celestina que es. Así hice yo con la esquivia Melibea, y todo su rigor te he traído convertido en miel.
- Pármeno (Ya está el amo como el reloj de mediodía: nunca da menos de doce).
- Sempronio (Calla, maldiciente venenoso; que solo por ser cosas de amor, aunque fueran mentiras las debías escuchar con gana).
- Celestina ¿Qué diferencia habría entre las públicas y las escondidas doncellas?
- Celestina No hice más que empezar, cuando la madre se ausentó dejándome con ella.
- Calixto escucharte. ¿Con qué disculpa entraste?
- Calixto ¡Con ella a solas! ¡Oh gozo sin par! ¡Quién hubiera podido estar escondido debajo de tu manto escuchándola hablar!
- Celestina ¿Debajo de mi manto dices? No, pobre de ti, que te hubieran visto por treinta agujeros que tiene, si Dios no lo remedia.
- Pármeno (Ya salió otra vez el manto roto. Cóseme esta boca, Sempronio, que no la puedo sufrir). (Sempronio le tapa la boca).
- Calixto ¿Qué hiciste cuando te viste a solas con ella? ¿No perdiste el habla?
- Celestina Antes me dio más osadía para hablar. Le abrí mis entrañas. Díjele mi embajada: cómo sufrías esperando una palabra de su boca para sanar un gran dolor. Ella escuchaba suspensa hasta que, al oír tu nombre, atajó mis palabras amenazándome de muerte y llamándome vieja falsa, hechicera, manto escuchándola hablar!
- Celestina ¿Debajo de mi manto dices? No, pobre de ti, que te hubieran visto por treinta agujeros que tiene, si Dios no lo remedia.
- Pármeno (Ya salió otra vez el manto roto. Cóseme esta



alcahueta y esos nombres que se usan para espantar a los niños de cuna. ¡Viérasla amortecerse, desmayarse herida por la flecha de oro de tu nombre, con las manos enclavijadas y los ojos perdidos a todas partes! Y yo, a todo esto, arrinconada, callando, muy gozosa con su fiereza, dejándola gastar todo aquel espumajoso almacén de su ira, porque cuanto más fiera, más cerca estaba su rendición y su caída.

- Calixto           ¿Qué disculpa hallaste para no despertar sospecha?
- Celestina       Dije que tu dolor era de muelas, y que lo que querías era una oración muy devota que ella sabe contra ese mal. (Ríe).
- Calixto           ¡Oh, maravillosa astucia! ¡Oh, mujer cautelosa en su oficio y discreta en mensajes!
- Celestina       No me atajes, señor, que ya se va haciendo noche, y volviendo sola a casa pudiera tener algún mal encuentro.
- Calixto           ¿Pues qué? ¿No tengo yo pajes y hachones que te acompañen?
- Pármemo       (Sí, sí, no vayan a forzar a la niña. Acompañala, Sempronio, que tiene miedo a los grillos que cantan en lo oscuro.
- Calixto           ¿Dices algo, Pármemo?
- Pármemo       Decía que Sempronio y yo la acompañaremos, que hace oscuro.
- Calixto           Bien dicho, ¿Y qué te respondió a la demanda de la oración?
- Celestina       Que la daría de buen grado. Y más le pedí: un cordón que lleva siempre ceñido que ha tocado muchas reliquias. ¿Qué albricias me darías por él?
- Calixto           ¡Por Dios, toma toda esta casa y cuanto en ella hay!
- Celestina       Por un manto que tú des a la vieja te daré el mismo cordón que ella tenía en su cuerpo.
- Calixto           ¡Manto y saya y cuanto tengo! ¡Muéstrame ese cordón que tal cuerpo fue digno de ceñir, para que gocen todos mis sentidos, pues todos juntos han sido apasionados: los ojos por verla, los oídos por oírla, las manos por tocarla!...
- Celestina       ¿Que la has tocado dices?
- Calixto           Entre sueños.
- Celestina       Pues no pierdas el ánimo, y toma aquí el cordón; que si no me muero, yo te daré también a su ama. (Lo saca de la faltriquera. Calixto lo recibe enajenado).
- Calixto           ¡Oh bienaventurado cordón que mereciste ceñir aquel cuerpo! ¡Oh, nudos de mi pasión, que enlazáis a la que yo adoro sin que días y noches me valgan!



- Celestina Serénate, señor, que en una hora no se ganó Zamora. Y si el atrevimiento de un hombre sólo ganó a Troya, no desconfíes que una mujer pueda ganar a otra.
- Calixto (Absorto). ¡Oh, ceñidero de aquella angélica cintura! (Lo besa y estrecha contra el pecho). ¡Oh cordón, cordón, cordón...!
- Celestina Basta, señor, que ya a mí me tienes cansada de escucharte, y al cordón roto de acariciarlo.
- Calixto ¡Oh, si en vez de ser de seda como eres estuvieras hecho de mis brazos para gozar aquello que tú tienes siempre abrazado! ¡Qué secretos habrás visto de aquella escelsa imagen!
- Celestina Más verás tú, y con más sentido; si no lo pierdes hablando como hablas.
- Sempronio Señor, si tanto gozo te da ese cordón ya no necesitarás gozar de Melibea.
- Calixto ¿Qué dice ese loco, desvariado, atajasolaces?
- Celestina Dice bien, que has de tratar al cordón como cordón y a Melibea como Melibea; no haga iguales tu lengua la persona y el vestido.
- Calixto Déjame gozar con este mensajero de mi gloria. Déjame salir por las calles con esta joya para que sepan cuantos me vean que no hay hombre más bienandante que yo.
- Celestina Por amor de Dios te lo dio, para curar tus muelas, no por amor tuyo para cerrar tu llaga. Pero si yo vivo ella volverá la hoja. Bastante es lo dicho y lo hecho para la primera vista. Yo me voy. Cuida que si pasas mañana por su calle llesves un pañuelo rebozado por la cara, por si te viera la gentil Melibea no me acuse de falsa.
- Calixto ¿Gentil dices? ¿Hay su par en el mundo? Todas cuantas hoy son nacidas se querellan de Dios porque no se acordó de ellas cuando a esta, mi señora, hizo. Lo que las otras pretenden imitar con martirios y artificios, con raíces y ungüentos y aguas fuertes, a ella se lo dio natura para hacerla perfecta. Solo agua clara y peine de marril son sus armas. Con esas mata y vence; con esas me dejó ligado en su cadena.
- Celestina No desesperes, que si fuerte es esa cadena, más aguda es la lima que yo tengo para cortarla. Y dame licencia, que es muy tarde.
- Calixto ¡Pármemo!
- Pármemo Señor.
- Calixto Acompaña a esta señora a su casa. Y vaya con ella tanto placer y alegría, como larga y oscura es la noche que sin Melibea me espera. (Pármemo acompaña a Celestina. Mientras van por la calle, oscurece. Celestina y Pármemo por la calle).
- Celestina Ven, hijo Pármemo, que bien puedo llamarte hijo, pues tanto tiempo te crié. Y ya que compañeros somos en este negocio de tu señor Calixto, yo te llevaré como te prometí donde bien goces tu mocedad, el buen día y la buena noche, el buen



comer y el buen beber. Cuán dichosa sería yo si tú y Sempronio fuérais amigos en todo, viéndolos venir a mi pobre casa a desenojarnos con las muchachas.

Pármeneo      ¿Muchachas dices? (Se detiene).

Celestina      ¡A la fe, muchachas digo, que viejas harto me soy yo! Vente a nuestro campo y conmigo te harás hombre; conmigo tendrás conocimiento verdadero, y día vendrá en que digas: la vieja Celestina bien me aconsejaba.

Pármeneo      Tuyo soy, y ahora doy por bien empleado el tiempo que te serví, y bendigo a mi madre que a tal mujer me encomendó.

Celestina      ¡No me la nombres, hijo, por Dios, que se me hinchan los ojos de agua! ¿Tuve yo en este mundo otra tal amiga y compañera? ¿Qué desenvuelta, qué limpia y varonil, y qué sin miedo! ¡La prima de nuestro oficio! Y por ello de todo el mundo conocida y querida: casados, viejos o mozos. ¿Pues mozas y doncellas? ¡Así rogaban por ella como por sus mismos padres! Y si salíamos a la calle cuantos niños topábamos todos eran sus ahijados: que aparte de nuestro oficio fue partera dieciséis años.

Pármeneo      (Esquivando memorias). Dejemos esas alabanzas, madre. Hablábamos de muchachas.

Celestina      (Sorbe lágrimas). Bien dice la Escritura: "Bienaventurados los que padecen persecución de la justicia", que cuatro veces la prendieron sin razón. Y aun le levantaron que era bruja y la tuvieron en la picota de la plaza con un (cucurucho) pintado en la cabeza. Pero ¡cuál no sería su gracia que, aun subida en aquella picota parecía que todos los de abajo le importaban una blanca según meneo y presencia!

Pármeneo      Dejemos muertos y justicias y volvamos a nuestro caso. De muchachas hablabas, madre.

Celestina      ¡Ay, Claudina, Claudina, mi hermana, mi compañera y mi comadre!

Pármeneo      (La toma de los hombros. La sacude). ¡Madre..., madre! ¿Recuerdas que me prometiste a Areusa, prima de Elicia, por la que muero de amores?

Celestina      Te lo prometí y no lo he olvidado; que más de tres jaques le he dado ya y no se escapará del mate.

Pármeneo      Mucho desconfío de poderla alcanzar, que nunca una palabra me quiso oír.

Celestina      ¿Desconfías teniendo tan a mano a la maestra de estas labores? Pues ahora verás lo que yo sé y lo que yo puedo en casos de amor. Anda paso, que esta es su puerta. (Ha ido apareciendo la casa de Areusa, que es todo igual a la de Celestina, con distintos colores y paramentos. En la alcoba, Areusa está terminando de desnudarse). Entremos quedo, no nos sientan sus vecinas. Espera debajo de la escalera, que yo subiré a ver qué se puede hacer. Y quizá logremos más de lo que ni tú ni yo traemos pensado. (Sube).

Areusa      ¿Quién anda ahí? ¿Quién sube a tal hora a mi cámara?



- Celestina Quien no te quiere mal. Una enamorada tuya, aunque vieja.
- Areusa Válgate el diablo, tía señora. ¿Qué vanida es esta tan tarde, que ya me desnudaba para acostar?
- Celestina ¿Con las gallinas, hija? No harás así gran negocio.
- Areusa Me tornaré a vestir, que hace frío.
- Celestina No lo harás. Entrate en la cama y hablemos.
- Areusa Bien lo he menester, que me siento hoy mal todo el día.
- Celestina Pues acuéstate y métete bajo la ropa, que estás hermosa como sirena. (Areusa se acuesta. Celestina se sienta en la cama a su lado, entre incitante y rijosa). ¡Ay, cómo huele toda la ropa cuando rebulles! Siempre me pagué de tu limpieza y atavio. ¡Qué sábanas y almohada! ¡Qué blancura! ¡Todo parece perla de oro! Dejame mirarte entera, a mi voluntad. (Trata de destaparla. Areusa se defiende riendo).
- Areusa Paso, madre, que me haces cosquillas, y la risa me acrecienta el dolor.
- Celestina ¿Qué dolor, mis amores?
- Areusa Mal de madre, que parece que me quiere sacar de este mundo.
- Celestina Espera que tiente. Que algo sé yo de este mal, por mis pecados. (Mete las manos bajo las mantas. De pronto alza la ropa, que Areusa se apresura a bajar. Celestina se santigua pasmada). ¡Bendigate Dios y el señor San Miguel ángel! ¡Y qué fresca que estás! ¡Qué pechos y qué gentileza! Por hermosa te tenía sin haber visto más que lo que todos pueden ver; pero ahora te digo que cuerpos como el tuyo no hay tres en toda la ciudad. ¡Ay quién fuera hombre para gozar tal vista! Gran pecado de avaricia es no dar parte de estas gracias a los que bien te quieren; que no te las dio Dios para que las gastes en balde debajo de seis dobles de paño. No atesores tu hermosura, que es por naturaleza tan comunicable como el dinero. No seas el perro del hortelano; y pues de ti misma no puedes gozar, ¿Por qué no ha de gozar quien puede? Mira que en el mundo no hay criada ninguna cosa superflua, y cuando nace ella nace él, y cuando nace él nace ella.
- Areusa No te burles y dame algún remedio para mi mal.
- Celestina Para ese mal todo olor fuerte es bueno, como poleo, ruda, ajeno, incienso y humo de pluma de perdiz. Pero hay un remedio mejor que todos; y ese no te lo quiero decir pues tan santa te haces.
- Areusa ¡Dímelo por mi vida! ¿Vesme sufrir y encúbresme la salud?
- Celestina Anda, no te hagas la boba, que bien me entiendes.
- Areusa ¡Ya, ya, ya! Mala landre me mate si te entendía. Pero ¿qué quieres que haga si mi amigo se partió ayer a la guerra?
- Celestina ¿Y si él partió, no está en el mundo Pármeno, quejoso que ni verle quieres sabiendo que yo



le tengo por hijo y más que hijo?

Areusa ¿No estás engañada, tía señora?

Celestina A las obras creo, que las palabras de balde las venden dondequiera. A tu prima Elicia la tiene Sempronio en mi casa. Pármene y él sirven a ese gran señor Calixto, de quien tanto favor puedes tener. Conque, vosotras parientas, ellos compañeros... ¡mira cómo viene todo medido! Ahí vino conmigo. ¿Quieres que suba?

Areusa (Se arrebuja sobresaltada). ¡Amarga de mí si nos ha oído!

Celestina Déjale subir. Muéstrale buena cara. Y si tal te parece, quédese contigo; que si él gana mucho tú no pierdes nada.

Areusa ¿Cómo quieres que haga tal cosa, teniendo a quien dar cuenta? A más, tengo vecinas envidiosas que luego lo dirán.

Celestina No tengas temor, que nadie nos sintió entrar.

Areusa No lo digo por esta noche... sino por las otras que vendrán.

Celestina ¿Miedosa eres? Nunca harás casa con sobrado. Ay hija, piensa que yo crié a tu prima, y mira si está maestra con mis consejos: que siempre se precia de tener uno en la cama, otro en la puerta y otro suspirando. (Ríe). Y lo mejor es que con todos cumple, y cada uno piensa que no hay otro. ¿Y tú piensas mantenerte con una sola gotera? Nunca el número uno me agradó, que más pueden dos y más cuatro. No hay cosa más perdida, hija, que el ratón que no tiene más que un agujero; si ese le tapan. ¿por dónde escapará del gato? Un alma sola ni canta ni llora; un solo acto no hace hábito; y un solo fraile nunca lo encontrarás por la calle. ¿Qué más quieres que te diga de ese maldito número uno? Tan siquiera dos, como tienes dos pies, dos pies y dos manos, dos sábanas en tu cama, y dos camisas para remudar. ¡Sube, hijo Pármene, sube!

Areusa ¡No, no! ¡No suba, que me muero de vergüenza!

Celestina Aquí estoy yo que te la quitaré y hablaré por los dos; que tan vergonzoso está él como tú. ¡Sube! (Pármene, que antes de ser llamado ya ha empezado sigiloso a subir, aparece en la alcoba. Está todo turbado. Trata de imitar torpemente palabras y gestos que vio en Calixto. Areusa está sentada en el lecho, cubriéndose los pechos con la manta. Tardan en romper a hablar).

Pármene Señora..., Dios salve tu graciosa presencia. (Reverencia).

Areusa Gentilhombre: buena sea tu venida. (Pármene le besa la mano. Va humildemente a sentarse lejos. Pausa).

Celestina ¿Qué vas a hacer sentado en ese rincón? ¡Llégate acá, asno! ¿No sabes que al vergonzoso el Diablo lo trajo a palacio? Aquí la tienes, que todos los ruegos que tú no pudiste hacer yo los hice por ti. ¡Y Dios sabe la dificultad con que me concedió que pases aquí la noche!

Areusa ¡Por mi vida, madre, no me mandes eso!



Pármeneo Mándaselo, madre, que me ha muerto de amores por su vista.

Celestina ¿Prometes ser amigo de Sempronio y ayudarnos en el negocio que tenemos entre manos con tu amo?

Pármeneo Sí, prometo.

Celestina Ah, don ruin: ¡palabra te tengo! Ahora, llégate acá, vergonzoso, que quiero ver de cuánto eres capaz antes de irme. ¡Retózala en esa cama! (Le empuja).

Areusa ¡No será él tan descortés que entre en lo vedado sin licencia!

Celestina ¿En licencias y cortesías estamos? Pues yo salgo fiadora que amanezcas tú sin dolor y él sin color. Pero como es gallico barbiponiente, no creo que en tres noches se le demude la cresta. ¡Ay, de estos me mandaban a mí los médicos en mis tiempos! Y adiós, que me da dentera vuestro retozar; que aunque perdí las muelas, el sabor me quedó en las encías. Mañana de buena voluntad os convidaría a comer en mi casa, si no fuera porque tengo ladespensa vacía; no como la de tu señor Calixto, que estará cumplida, y en casa llena pronto se hace la cena. (Baja la escalera).

Pármeneo No sufras por eso, que yo se la vaciaré.

Celestina Con pan blanco, vino de Monviedro y un buen pernil... más seis pares de pollos y palomas podría bastar.

Pármeneo Cuenta con ello, madre. Digo, si Areusa quiere.

Areusa Que me place de buen grado.

Celestina Pues quedad con Dios, hijos. Y vaya la vieja Celestina sola y a oscuras; que a mis años, ya no hay temor de que nadie me fuerce en la calle. (Suspira largamente y se reboza para salir. Areusa sopla el velón. Oscuro).

Luz de día en casa de Calixto, que está entre los almohadones del estrado, absorto, tañendo su laúd. Canta a media voz.

Calixto  
En gran peligro me veo,  
en mi muerte no hay tardanza,  
pues que me pide el deseo  
lo que me niega esperanza.

(Llama). ¡Sempronio! (Entra Sosia, mozo de espuela).

Sosia No está Sempronio, señor.

Calixto ¡Pármeneo...!

Sosia No está Pármeneo, señor.

Calixto (Parece no oír. Canta)

Corazón, bien se te emplea  
que penes y vivas triste,  
pues tan presto te venciste  
del amor de Melibea.

¡Sempronio...! ¡Pármeneo!

Sosia No están, señor.



- Calixto           ¿Es ya hora de acostarse?
- Sosia            Señor, ya sería tarde para levantarse.
- Calixto           ¿Qué dices?   ¿Ya ha pasado la noche?
- Sosia            Y una buena parte del día.
- Calixto           Entonces, ¿cómo no veo claro?
- Sosia            Otra luz te tiene encadilado. Si olvidaras un poco a Melibea verías la claridad. (Se oyen campanas).
- Calixto           (Se incorpora). Ahora te creo, que oigo tocar a misa. Saca mi espada y capa, que iré a la Magdalena a rogar a Dios que ponga mi remedio en el corazón de Melibea.
- Sosia            Corta será tu vida si quieres concluir en una hora lo que sería mucho en un año.
- Calixto           ¿Quién te avezó tan mozo a tanta filosofía?
- Sosia            Señor, no todo lo que no es negro es blanco. Da un poco de descanso a tu corazón y espera; que un solo golpe no derriba un roble.
- Calixto           ¡Sempronio!   ¡Pármemo!   ¿Dónde andan esos locos, que me dejan a solas con mi mal...? (Se hace lento el oscuro en casa de Calixto, mientras termina de ceñirse capa y espada para salir. En el oscuro se oyen risas y chocar de vasos y platos. Se hace la luz en casa de Celestina, sentada alegremente a la mesa con Elicia, Areusa y Pármemo. Sempronio llega).
- Elicia            ¿Por qué tardaste tanto? Tres horas nos has tenido esperando.
- Sempronio        No pude, que quien a otro sirve no es libre. Comamos sin enojarnos.
- Elicia            ¡Así! Para sentarse y comer, muy diligente. A mesa puesta, con sus manos lavadas y su poca vergüenza.
- Sempronio        Comamos primero, Elicia. Ya reñiremos después.
- Celestina        Haya paz, hijos, y coma cada cual junto a la suya. Yo como estoy sola, pondré a mi lado el jarro; que ya no me queda mejor oficio a la mesa que escanciar. Porque el que anda con la miel algo se le pega. De noche en invierno no hay mejor calentador de cama, que con dos jarros al acostarse no hay frío en toda la noche. Esto me calienta la sangre, esto me para fresca, y de esto forro yo mis vestidos en Navidad. (Escancia). El vino quita la tristeza del corazón más que el oro ni el coral; al que es frío hace potente, y al segador hace sudar toda agua mala. (Levanta el jarro, suspirando). ¡Ay!, no tiene más que una tacha: que lo bueno vale caro y lo malo hace daño. ¡Bebamos, muchachas, una docena de veces a cada comida! (Bebe).
- Pármemo         Madre, los que escribieron de eso dicen que lo honesto son tres veces.
- Celestina        Está corrupta la letra, hijo: dice tres por decir trece. (Ríe y bebe).



- Sempronio Comamos y bebamos, que ya habrá tiempo después para tratar de los amores de mi amo con la graciosa y gentil Melibea. (Elicia se levanta repentinamente enojada).
- Elicia Aparta allá, desabrido enojoso, y mal provecho te haga lo que comas. ¿Gentil Melibea? ¡Jesús, Jesús, qué poca vergüenza! ¿Gentil Melibea? Santiguarme quiero de tu necedad. En su misma calle más de cuatro doncellas hay en quien Dios repartió sus gracias más que en ella. Si algo tiene de hermosura es por sus buenos atavíos. Pónselos a un palo y también dirás que es gentil. No lo digo por alabarme, pero ¿soy menos hermosa yo que vuestra Melibea?
- Areusa Y no la has visto, hermana, como la he visto yo, bien de mañana y sin acicalarse. Que por una vez que sale donde haya de ser vista se unta la cara con hiel y con miel, con higos pasos, y con otras cosas que no digo por reverencia a la mesa. Su riqueza la hace hermosa y no las gracias de su cuerpo; que para ser doncella tiene los pechos como si tres veces hubiese parido. Y juzgando por eso, todo lo demás. No sé qué le habrá visto Calixto para apartarse de otras con quien más podría gozar; sino que el gusto dañado, por dulce juzga lo amargo.
- Sempronio Paréceme, hermana, que aquí cada buhonero alaba su mercancía; pero lo contrario es lo que se dice por la ciudad. Si Melibea tuviera alguna falta ya andaría bien pregonada; que el vulgo parlero no perdona las faltas de sus señores.
- Celestina Cesen, hijos, esas razones de enojo. Tú, Elicia, tórnate a la mesa.
- Elicia ¿Había yo de comer con quien me porfía en la cara que su andrajo de Melibea es más gentil que yo?
- Sempronio Calla, mi vida, que fuiste tú quien la comparó, y toda comparación es odiosa.
- Areusa (Se levanta). Ven a comer, hermana, o también me levanto yo de la mesa.
- Elicia Por complacerte a ti usaré con todos de virtud. (Se sienta).
- Sempronio (Ríe atragantado). ¿Virtud? ¡Ah, ah, ah...!
- Elicia (Vuelve a levantarse). ¿De qué te ríes, que mal cancre te coma esa boca desgraciada? (Celestina la hace sentar a la fuerza).
- Celestina No le respondas, hijo, o no acabaremos nunca. Volvamos a nuestro caso. ¿Cómo quedó vuestro señor Calixto?
- Pármemo Allá queda desesperado, perdido y loco.
- Celestina Bien lo sé por otros menos metidos en ese fuego que Calixto, que ni comen ni beben, ni duermen ni velan, según la perplejidad de aquella su dulce llaga. Tan olvidados están de sí que si comen, la mano se olvida de llevar las viandas a la boca, y si se les habla jamás a tono responden. Allí están solo los cuerpos: con sus amigas, los corazones. ¡Gran fuerza tiene el amor, que no solo la tierra sino los mares traspasa!



- Sempronio Concedo con tu razón, que aquí está quien me causó algún tiempo andar hecho otro Calixto, perdido el sentido, los días mal durmiendo y las noches todas velando. Pero todo lo doy por bien empleado, pues tal joya gané.
- Elicia (Arisca). ¡Mucho piensas que me tienes ganada! Pues sabe que aún no has vuelto tú la cabeza cuando ya está en casa otro... (Sempronio ríe incrédulo). Otro que yo más quiero, y que más me quiere que tú, que a cabo de un año me vienes a ver tarde y mal. (Sempronio ríe de nuevo).
- Celestina Déjale decir, hijo, que mientras más así diga, más con sus celos confirma su amor. Gozad ahora vuestras frescas mocedades, no os arrepintáis como yo recordando las horas perdidas. Besos y abrazos, que a mí no me queda otra cosa que gozar de veros. Mientras estéis en la mesa, de cintura arriba todo se perdona; después, solos, no quiero poner tasa, que tampoco la pone el rey. (Las dos parejas ríen y retozan). ¡Así, así! Dios os bendiga, loquillos, traviesos, putillos, que en eso paran los nublados de amores. (Ríe resguardando el jarro). ¡Mira no derribéis la mesa! Llega Lucrecia. Llama. Sobresalto y silencio).
- Lucrecia ¡Celestina! ¡Madre Celestina!
- Elicia A la puerta llaman. El solaz se derramó.
- Celestina Mira quién es.
- Elicia O la voz me engaña o es mi prima Lucrecia.
- Celestina Abrele, que también esa es de las nuestras. Aunque su mucho encierro le impide el gozo de su mocedad.
- Areusa Verdad es; que estas que sirven a señoras ni gozan deleite ni conocen los dulces premios de amor. Nunca tratan con iguales tuyas, con quienes pueden hablar de tú por tú, diciendo: "¿Que cenaste hoy? ¿Cuántas gallinas crias? Llévame a merendar; muéstrame a tu enamorado; ¿quienes son tus vecinas? ¿Estas preñada?" y otras cosas de semejante igualdad.
- Elicia Mayormente con estas señoras que se usan ahora, que con un vestido viejo que ellas desechan te pagan servicio de diez años.
- Areusa Las que esperan galardón solo sacan baldón. Y nunca oyen su nombre, sino. "¿Dónde vas, tiñosa? ¿Qué hiciste, bellaca? ¿Cómo fregaste la sartén, puerca? ¿Dónde está el paño que falta ladrona?" Su placer es dar voces y su gloria reñir. Por eso yo nunca quise ser de nadie sino de mí misma.
- Celestina Tú sabes bien lo que haces; que más que una casa llena vale una migaja de pan con paz. Pero dejémonos de razones, y que entre Lucrecia. (Abre Elicia. Entra Lucrecia).
- Lucrecia Dios bendiga tanta gente y tan honrada.



- Celestina ¿Te parece mucha, hija? Bien se ve que no me conociste en mi prosperidad, cuando a esta mesa se sentaban nueve mozas de tus días, que la mayor no pasaba de diez y ocho años.
- Lucrecia Trabajo tendrías con tantas, que es ganado trabajoso de guardar.
- Celestina ¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio, que todas me honraban y me obedecían. No escogían más que lo que yo mandaba: cojo o tuerto o manco, al que me pagaba más tenía por mejor. Mío era el provecho, suyo el afán. Pues, ¿y los servidores que por ellas tenía? Caballeros, viejos y mozos, y hasta priores y sacristanes. Por donde yo pasaba, ¡vieras derrocar sombreros en mi honor como si fuera una duquesa! Uno a uno y dos a dos me venía cada cual a preguntar por la suya. Y allí dineros, y allí promesas, y allí besar el cabo de mi manto. Todos amigos, que me llenaban la casa de pollos y gallinas, de perdices y ansarones, de tortas de trigo y pernils de tocino. Pues, ¿y vino? De lo mejor de todas partes: de Monviedro, de Luque, de Toro, de Madrigal y de tantas otras tierras, que perdí los nombres en la memoria pero no en el gusto de la boca. Tanto que aun hoy, siendo vieja, me basta oler cualquier vino para decirte de dónde es. Conque mira, hija, lo que fui y mira lo que soy en esta noria del mundo: ahora arriba, canjilones llenos... ahora abajo, canjilones vacíos. (Llora, sorbe, bebé). ¡Ay, que no sé cómo puedo vivir caída en este estado!
- Sempronio Por Dios, madre, no llores, que ningún provecho trae recordar el buen tiempo si no se puede recobrar.
- Celestina Razón tienes, hijo. (Se rehace). Dime, Lucrecia, ¿a qué fue tu venida?
- Lucrecia Mi señora Melibea te ruega que la visites, que siente desmayor y dolor de corazón.
- Celestina Más será el ruido que las nueces. Pero vamos, hija, vamos allá, que maravillada estoy que a sus años pueda sufrir de ese mal. Señor, Señor, una mujer tan moza, ¡sentirse del corazón! (Sale con Lucrecia echándose el manto. Las dos parejas vuelven a sus riñas, sus retozos y a sus vasos. Oscuro).

Luz en casa de Melibea, que está lamentándose a solas, mientras borda desmayadamente en su gran bastidor.

- Melibea ¡Ay, lastimada de mí! ¿No me hubiera sido mejor conceder su demanda a Celestina cuando vino de parte de aquel que me cautivó, que no descubrir mi llaga cuando tal vez ha puesto ya sus ojos en otra? ¡Cuánto mejor hubiera sido rogada que ofrecida! Oh, soberano Dios a quien todos piden remedio: da paciencia a este herido corazón para que su pasión pueda disimular. ¡Ah, cobarde género femenino! ¿Por qué no fue concedido a las hembras poder declarar su amor como los varones? Que si así fuera, ni Calixto viviría quejoso ni yo atormentada. (Entra Lucrecia dando paso a Celestina).



- Lucrecia Entra, entra, que a solas está.
- Melibea ¡Oh, vieja sabia y honrada, tú seas bien venida! Mira cómo ha querido la fortuna que yo tenga necesidad de tu saber para que puedas pagarme con la misma moneda el beneficio que me pediste para curar a aquel gentilhom-bre.
- Celestina ¿Cuál es, señora, tu mal?
- Melibea ¡Serpientes dentro de mi cuerpo me comen el corazón!
- Celestina (¡Ahí te quería yo!)
- Melibea De tu saber espero remedio.
- Celestina No hay más sabedor que Dios. Pero como la gracia de curar fue repardida entre las gentes -unas por experiencia, otras por arte y otras por natural instinto- alguna partecica le tocó a esta vieja para que tú seas servida.
- Melibea ¡Ay, qué consuelo oírte! Me parece que si mi corazón te entregara hecho pedazos, serías capaz de juntarlo por la virtud de tu palabra.
- Celestina Gran parte de la salud es desecharla. Pero para darte saludable medicina tres cosas necesito saber. La primera, en qué parte de tu cuerpo te aqueja más el sentimiento. La segunda, si es esta la primera vez que lo sientes; que mejor se doma al animal tierno que al endurecido, y mejor se deja el pecado nuevo que el antiguo. La tercera si procede de algún cruel pensamiento que se asentó en ese lugar. Dímelo todo, que al médico y al confesor se ha de hablar con toda verdad abiertamente.
- Melibea Maestra Celestina, mucho me has abierto el camino para poder contar mi mal. Lo primero: dolor es de corazón; su aposento aquí debajo del pecho izquierdo; y sus rayos en todas partes. Lo segundo: nunca hasta ahora lo había sentido en mi cuerpo; que nunca creí que pudiera haber dolor como este, que me turba la cara, me quita el comer y el dormir, y una risa no quisiera escuchar. Lo tercero, no te lo sabré decir; que ni muerte de deudo, ni pérdida de bienes, ni sueño ni visión puedo sentir que fuese... Salvo la alteración que tu me causaste cuando viniste de parte de aquel caballero a pedirme la oración.
- Celestina ¡Cómo, señora! ¿Tan mal nombre es el suyo que solo con ser nombrado trae para ti ponzoña su sonido? No, no creas que esa sea la causa de tu sentimiento, sino otra que yo me barrunto, y que te diré si me das licencia.
- Melibea ¿Cuál médico pidió jamás licencia para curar al paciente? Habla, Celestina, que siempre la tienes de mí... con tal que tus palabras no dañen mi honra.
- Celestina Véote, señora, por una parte quejarte del dolor, y por la otra tener miedo a la medicina. Pues si quieres sanar has de hacer para tus manos una ligadura de sosiego, para tus ojos una cobertura de piedad, para tu lengua un freno de silencio, y verás obrar a la antigua maestra de estas llagas. Pero es necesario para tu salud que no esté ninguna otra persona delante. Y tú, hija Lucrecia, perdona.



- Melibea Sal fuera presto.
- Lucrecia (Sale rezongando). (¡Ya, ya! Perdido tiene el seso mi señora. Cautiva está de esta hechicera) (Sale).
- Celestina Creo, señora, que la mejor medicina para tu descanso está en casa del caballero Calixto.
- Melibea ¡Calla, por Dios, madre! ¡No le nombres!
- Celestina Súfrelo con paciencia, porque tu llaga es grande y tiene necesidad de áspera cura; que lo duro con duro se ablanda. Y dicen los sabios que la cura del médico que tiene lástima es la que deja mayor señal. ¿Qué mal puede venir de persona tan virtuosa como Calixto?
- Melibea No, por Dios, que me matas. ¿No te he dicho que no me nombres a ese hombre ni para bien ni para mal? ¡Más quisiera que me rasgases las carnes!
- Celestina El amor se metió en tu pecho sin rasgarte las vestiduras. No rasgaré yo tus carnes para librarte de él.
- Melibea ¿Cómo dices que se llama este dolor que así señorea lo mejor de mi cuerpo?
- Celestina Dulce amor.
- Melibea Declárame qué es: que solo oírlo ya me consuela.
- Celestina (Voz baja, casi al oído). Es un fuego escondido... una agradable llaga... un sabroso veneno... una dulce amargura... una deleitable dolencia... una dulce y fiera herida... una blanda muerte.
- Melibea (Se aparta). ¡Ay, mezquina de mí! Mal remedio será ese ya que todos sus nombres son contrarios entre sí.
- Celestina Yo conozco yna yerba que de todo eso te librará.
- Melibea ¿Cómo se llama?
- Celestina No me atrevo a decirlo.
- Melibea Dilo, no temas.
- Celestina Se llama... Calixto.
- Melibea ¿Calixto...? (Desfallece).
- Celestina ¡Por Dios, señora! ¡Alza la cabeza! ¿Qué sientes, ángel mío? ¿Dónde está tu habla, dónde tu color? (Llama asustada). ¡Lucrecia, Lucrecia...!
- Melibea (Se recobra). Paso, paso, no escandalices la casa.
- Celestina ¡Habla, perla graciosa! ¿Qué ha sido este sentimiento?
- Melibea ¡Ay, que se quebró mi honestidad! ¡Ay, que se aflojó mi vergüenza! Y al abandonarme no pudieron despedirse de mi cara sin llevarse su color. Ahora ya es en vano tratar de encubrir lo que tan abiertamente conoces. Con mi cordón le llevarte a Calixto mi libertad. Ben-



ditos sean tu atrevimiento y tu sabiduría, que sacaron de mi pecho lo que jamás a nadie pensé descubrir.

Celestina ¡Sigue, Melibea, sigue! Echa tus secretos en mi regazo y pon en mis manos el concierto de este concierto; que yo haré que tus deseos y los de Calixto se vean cumplidos.

Melibea ¡Oh mi Calixto y mi señor! Si tu corazón siente lo que ahora el mío, maravillada estoy que la ausencia te deje vivir. Madre Celestina, si quieres mi vida, haz que pronto le pueda ver. (Voz más íntima, hasta el susurro).

Celestina Ver y hablar.

Melibea ¡Hablar! ¿Cómo?

Celestina Por entre las puertas de tu casa.

Melibea ¿Cuándo?

Celestina Esta noche.

Melibea ¡Glorioso me será si lo consigues! ¿A qué hora?

Celestina A las doce. (Entra Lucrecia).

Lucrecia Señora, señora..., tu madre llega. (Melibea vuelve rápida a su bastidor. Celestina echa mano a su faltriquera. Entra Alisa).

Alisa ¿Otra vez acá, vecina?

Celestina Señora, faltó un poco de hilado al peso, lo vine a traer, y cumplida mi obligación ya me voy. Dios quede contigo.

Alisa Y contigo vaya. (Sale Celestina). Hija Melibea: ¿qué quería la vieja?

Melibea Venderme un poco de solimán.

Alisa Eso creo yo más que lo que dijo la mentirosa. Guárdate de ella, que es gran traidora, y casa en que entra con su falsa mercancía engendra sospecha contra la honestidad.

Lucrecia (Tarde acordaste, mi ama).

Alisa Por amor mío, que si torna sin estar yo no la recibas, o dañará tu buena fama.

Melibea ¡Conque es de esas! ¡Jesús! (Se santigua). ¡Nunca acá volverá! ¡Nunca mas! (Vuelve a su labor, cantando entre dientes y con un ahínco que contrasta con la languidez del comienzo. Oscuro en casa de Melibea).

Luz a la puerta de la casa de Celestina, donde están Calixto, Sempronio y Parmeno.

Calixto Llama a esa puerta, Sempronio, que no puedo sufrir mas sin nuevas de la que es mi vida y mi Dios.

Sempronio No está la madre Celestina, señor; se fue con Lucrecia a casa de tu señora Melibea.



- Parmeno      Aquí llega la madre, por la calle del Arce-  
diano, y al parecer con gran alegría a cues-  
tas. (Llega Celestina).
- Calixto      ¡Oh joya del mundo, socorro de mis pasiones  
y espejo de mi vista! ¿Qué nuevas traes,  
que te veo alegre, y no sé en qué está mi  
vida?
- Celestina      ¿Nuevas? Entra, entra, señor. (Abre y en-  
tran). Aquí te traigo toda tu salud y entero  
el corazón que habías perdido. Melibea pena  
por ti más que tú por ella. Melibea te desea  
ver. Melibea piensa más horas en tu persona  
que en la suya. Melibea se llama tuya, y con  
eso amansa el fuego que más que a ti la quema.
- Calixto      (Vacila deslumbrado). ¡Pármemo! ¡Sempronio!  
¿Estoy yo aquí? ¡Sempronio! ¡Pármemo! ¿Oigo  
yo esto? ¿Estoy despierto? Señor Dios Padre,  
¡que no sea un sueño!
- Celestina      Animo, señor; que siempre he oído decir que la  
próspera fortuna es más difícil de sufrir que  
la adversa.
- Calixto      ¿Dices que vendrá a mí de su grado?
- Celestina      Y aun de rodillas.
- Calixto      ¿Cuándo?
- Celestina      Esta noche, en su casa, al dar las doce, para  
hablar entre las puertas.
- Calixto      Si eso es así, toma esta cadenilla, madre, que  
mejor estará en tu cuello que en el mío. (Le  
ciñe él mismo su gran cadena de oro, y la besa).
- Pármemo      (Cadenilla la llama. ¡No daría yo mi parte por  
cien escudos, por mal que la vieja lo reparta!).
- Sempronio      (Oye y calla, que para eso te dio Dios dos oídos  
y una lengua sola).
- Celestina      Mucho es para mí. Pero la dádiva no se ha de  
medir por el que la recibe, sino por el que la  
da. Vete ahora, que no te vean más aquí. ¡A  
las doce en su puerta! Y si algo más fuere ne-  
cesser, aquí me tienes siempre a tu servicio.
- Calixto      ¡Dios quede contigo, madre! (Salen. Se alejan  
por la calle. Celestina ha cerrado rápidamente.  
Acaricia su cadena, la besa, la aprieta contra  
sí, jadeante. Toma de su cómoda una pequeña  
romana para pesarla. Ha ido bajando la luz. En  
el oscuro total empiezan a oírse las doce cam-  
panadas).
- Luz de luna en la calle y casa de Melibea. Entra, embozado y  
sigiloso, Calixto, seguido por Pármemo y Sempronio.
- Calixto      Las doce dan. Acércate, Pármemo, a ver si está  
mi señora tras la puerta.
- Pármemo      ¿Yo, señor? (Medroso). No permita Dios que  
yo eche a rodar lo que otro concertó. Si en  
secreto te espera y me ve a mí, pensará que la  
burlaste.
- Calixto      ¡Bien has dicho, torpe de mí! Yo me llegaré.  
Quedad vosotros y ved que si alguien viene no  
pase. (Se acerca. Llama a la puerta tocando  
apenas con los dedos y susurrando el nombre de



Melibea. Poco a poco destacan en la sombra dos figuras de mujer, que susurran entre sí, medrosas).

Pármeneo ¿Qué te parece cómo quería el amo tomarme como broquel contra el primer peligro? ¿Qué sé yo si en todo esto hay traición, ni quién puede estar detrás de esas puertas?

Sempronio (Sin voz). Salido debe haber Melibea. ¿No oyes hablar quedo?

Pármeneo ¿Y si no es ella, sino alguno que finja su voz? Mira que el padre es bravo y la casa está llena de fieles criados.

Sempronio Siento mas de una voz. Pero aunque sea ella, toda la noche le sera poca a Calixto para sus desvarios. ¿Sientes venir gente?

Pármeneo Por todas partes veo peligros. Huyamos la muerte, que somos mozos, y no querer morir ni matar no es cobardía, sino buen natural. ¿No nos sería mejor, mientras ellos tratan sus amores, irnos a la cocina a cenar o a la cama a dormir?

Sempronio Ve tú donde quieras. Que yo voy a casa de Celestina a reclamar mi parte de la cadena, no sea que invente alguna ruindad para negarnos lo que es nuestro.

Pármeneo Bien dices, vamos los dos. Y si eso piensa, bien le ha de pesar; que sobre dinero no hay amistad. (Se van. Las sombras de las dos mujeres van destacando en el oscuro).

Calixto ¡Señora..., señora mía...!

Lucrecia ¡La voz de Calixto es! Llega acá, mi señora, sin temor, que tu caballero está aquí.

Melibea Loca, habla bajo. Déjanos y vigila, no despierte mi padre. (Llega al umbral. Se hablan a través de la puerta, imaginándose y buscándose). Di, señor: ¿cuál es tu nombre y quién te mandó aquí venir?

Calixto La que a todo el mundo merece mandar y yo no soy digno de servir. Tu voz, que jamás de mis oídos se cae, es la de Melibea. Yo soy tu siervo Calixto.

Melibea Tu osadía me ha forzado a hablarte. Desvía de ti esos locos pensamientos para que mi honra y mi persona queden sin detrimento de mala sospecha. A eso solo he venido: a buscar tu despedida y mi reposo.

Calixto ¡Oh engañosa Celestina! ¿Por qué me hiciste venir para que me fuera mostrado el disfavor y el odio por la misma boca que tiene las llaves de mi perdición y de mi gloria? ¿No me dijiste, enemiga, que mi señora me mandaba llamar para levantar mi destierro, y no para de nuevo desterrarme?

Melibea Cesen tus qujas, mi señor, que ni mi corazón basta para sufrirlas ni mis ojos pueden más disimular. Tú lloras de pena creyéndome cruel; yo lloro de alegría viéndote tan fiel. ¡Oh mi señor y mi bien todo: cuánto más alegre me fuera poder ver tu rostro que solo oír tu voz!



Pero ya que encerrada estoy, yo te doy mi sello y mi firma a las palabras que con Celestina te envié. Ordena de mí a tu voluntad.

- Calixto      ¡Oh, alegría de mi corazón, qué lengua será bastante para darte gracias por haberme elevado hasta tu altísimo amor! ¡Cuántas veces me ha venido este pensamiento al corazón, y cuántas lo he rechazado por imposible! Si no conociera tu voz, creería en un engaño. Pero conociéndola, me estoy remirando y preguntando: ¿Soy yo ese Calixto a quien tanto bien se hace?
- Melibea      Tus muchos merecimientos han hecho que desde que te conocí ningún momento te apartases de mi corazón. Muchos días he luchado por disimularlo, pero el solo recuerdo de tu nombre me hizo descubrir mi deseo, y aquí estoy a suplicarte dispongas de mí según quieras. ¡Malditas sean estas puertas que impiden nuestro gozo! Que si no fueran sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, tú no estarías quejoso ni yo descontenta.
- Calixto      ¡Cómo! ¿He de consentir que impida nuestro gozo otra cosa que no sea tu voluntad? Mándalo tú, y estas puertas serán quebradas.
- Melibea      ¿Quieres perderme, amor mío? No sueltes las riendas de tu voluntad. Y pues tú sólo sientes tu dolor, y yo el tuyo y el mío, conténtate con volver mañana, a esta misma hora, por las paredes de mi huerto. Si quebrases las puertas, aunque ahora no nos sintieran, mañana amanecería en casa de mi padre la sospecha de mi yerro. Y, pues tanto mayor es el yerro cuanto mayor es el que yerra, pronto sería publicado por toda la ciudad. (Rumor de voces que se acercan). Pero, ¿qué es esto que en la calle suena?
- Calixto      Será la gente del alguacil, que pasa haciendo estruendo. (Vuelve rápida Lucrecia).
- Lucrecia      ¡Señora! Quítese presto tu señor de ahí que pasa gente con luces.
- Melibea      Vete, mi señor, no seas visto y conocido.
- Calixto      Ay, mezquino de mí, que no me obligara a partir el temor de la muerte, pero sí el de tu honra. (Muy bajo). Melibea, mi señora...
- Melibea      Calixto, mi señor... (A través de la puerta se apoyan las mejillas, se buscan brazos y cintura).
- Calixto      ¡Que los angeles queden con tu presencia!
- Melibea      ¿Volverás mañana?
- Calixto      Como ordenaste; por las paredes del huerto. (Calixto se aleja sigiloso y rápido. Melibea y Lucrecia, conteniendo el aliento, esperan pegadas contra la pared. Por la calle pasa la ronda con sus faroles y ruidos de armas. Oscuro en casa de Melibea).

Luz en casa de Celestina, que duerme inquieta, con el velón encendido. Se oye el canto del gallo. Celestina se despierta bruscamente y se incorpora gritando ahogadamente.

- Celestina      ¿Quién va...? (Vuelve en sí. Salta de la cama en camisa y se echa el viejo manto sobre



los hombros. Toma el velón y baja la escalera santiguándose y murmurando jadeante). ¡Ay mi Dios, que soñé con ladrones!... ¡Ay mi Dios, que soñé con ladrones!... ¡Ay mi Dios...! ¡Ay mi Dios! (De un tarro de la chimenea saca una llave, con la que abre el cajón de la cómoda. Del cajón saca una arquilla, que abre con una llave pequeña que lleva al cuello. Sus dedos temblones tropiezan con todo. Abraza y besa su cadena de oro. En la sombra de la calle aparecen Pármeneo y Sempronio. Lllaman. Sobresalto).

Sempronio Madre Celestina... ¡Madre Celestina...!

Celestina (Sin aliento). ¿Quién llama?

Sempronio Abre, que somos tus hijos.

Celestina No tengo yo hijos que anden fuera a tal hora.

Sempronio Abrenos a Pármeneo y Sempronio. (Celestina ha guardado de nuevo y con la misma presteza la cadena en la arquilla y la arquilla en el cajón. Finalmente, después de vacilar buscando escondrijo seguro, esconde la llave debajo de una tabla del suelo).

Celestina ¡Ah, locos, traviesos! Entrad, entrad. ¿Cómo venís a esta hora y cómo queda Calixto?

Sempronio Tales peligros pasó, que si no fuera por nosotros ya andaría su alma buscando posada para siempre. ¡La sangre me hierve en el cuerpo de tornarlo a pensar!

Celestina Reposa, por Dios, y cuenta.

Pármeneo Cosa larga pides según venimos alterados del enojo que hemos tenido no pudiendo vengar nuestra ira con quienes la causaron, por su mucho correr... (Saca su daga en actitud de desafío). ¡Ay, no topas con hombre que quiera pelear!

Celestina (Retrocede). ¡Landre me mate si no me espanto de verte tan fiero! Dime, por tu vida, ¿qué os ha pasado?

Sempronio Desesperado vengo, que por defender a mi señor Calixto las armas me despedazaron y la espada traigo como sierra. ¿Cómo reponerla de nuevo, si no tengo un maravedí en que caerme muerto?

Celestina Fídele a tu amo, que en su servicio se gastó.

Pármeneo También yo traigo mis armas perdidas. Pero no hemos de ser tan inoportunos que le pidamos más de lo que nos dio, que es bastante.

Sempronio ¿No nos dio primero cien monedas de oro? ¿Y no nos dio después su cadena? Pues contentémonos con lo razonable, que quien mucho abarca poco suele apretar.

Celestina ¡Gracioso es el asono! ¿Estás en tu seso, Sempronio? ¿Qué tiene que ver tu galardón con mi salario? A buen seguro que te acogiste a una palabrilla que te dije el otro día, que cuanto yo tuviera era tuyo. Pero eso son palabras de buen amor, que no obligan. Más pesar tengo yo que vosotros; que aquella cadenilla que me dio se la di a esa loca de Eliecia para guardar y no se puede acordar dónde la puso. Sin sueño



andamos las dos -no por el valor de la cadena, que no era mucho-, sino por su mala cabeza y mi mala dicha. Así que si algo me dio vuestro amo, mío es. Pero, aun con todo, si la cadena parece, yo os daré a cada uno un par de calzas de grana, que para mancebos no hay gala mejor. Y si no, recibid la voluntad, que yo me callaré con mi pérdida.

Sempronio

Siempre lo dije: los viejos, cuando pobres generosos, cuando ricos avaros. Que no hay nada que haya tan pobre al avaro como su riqueza. Mientras creyó que este negocio iba a dar poco, todo lo quería compartir; ahora que lo ve crecido, nada quiere dar, por cumplir aquel refrán de los niños que dice: "De lo poco, poco; de lo mucho, nada".

Pármemo

Dará lo que prometió o se lo tomaremos todo por la fuerza.

Sempronio

Danos las dos partes de cuanto has recibido si no quieres que descubra quién eres. (Celestina se crece, desafiante).

Celestina

¿Quién soy yo? Una mujer como Dios me hizo, que vive de su oficio como cada cual del suyo, y muy limpiamente. Yo no busco a quien no me quiere. ¡A mí me vienen a buscar! Si vivo bien o mal, Dios es el testigo de mi corazón. Y no pienses acobardarme con tu ira, que justicia hay para todos igual, y tan oída seré yo, aunque mujer, como vosotros muy peinados. Y tú Pármemo, no pienses que me tienes en tus manos porque sabes mi vida pasada; que todo lo que pasé, acuérdate que fue con la desdichada de tu madre. (Pármemo, crispado, saca su daga).

Pármemo

¡No me vuelvas con esas memorias si no quieres que te envíe donde ella está para que mejor te puedas quejar!

Celestina

¿A mí? (Grita). ¡Elicia, Elicia...! Levanta y tráeme la ropa, que por los santos de Dios que me vaya a la justicia bramando como una leca. ¿Con una oveja mansa tenéis vosotros brazos y braveza? ¡Allá, allá con los hombres como vosotros y no contra mi flaca rueca! ¡Que sois como los perros, que solo ladran a los pobres!

Sempronio

(Saca su daga). ¡Vieja avarienta, garganta muerta de sed de dinero! ¿No te basta con tu tercia parte?

Celestina

¿Qué tercia parte? Salid los dos de mi casa, no se allegue la vecindad y se descubran en público las cosas vuestras y de Calixto. (Grita de nuevo). ¡Elicia...! ¡Elicia!... (Despavorida, suelta el cabello, echándose una pelerina sobre la camisa, baja Elicia).

Sempronio

Da voces o gritos, que tú cumplirás lo que prometiste o aquí se cumplan tus días. (La sujeta, Celestina se suelta).

Elicia

¡Guarda, por Dios, la daga! ¡Tenle, Pármemo, tenle no la mate ese desvariado!

Celestina

(Llega a abrir la puerta. Grita). ¡Justicia, señores vecino! ¡Justicia, que me matan en mi casa estos rufianes!

Sempronio

¡Rufianes? ¡Espera, bruja, que yo te despacharé con cartas al infierno! (La hiere).

Celestina

¡Ay, que me ha muerto! ¡Confesión...!



Elicia (Grita desde la puerta, Pármene trata de taparle la boca). ¡Vecinos! ¡Vecinos! (Rumor de gente).

Pármene ¡Dale! ¡Acábalala, pues comenzaste! ¡Mátala, que nos sentirán!

Sempronio ¡Muere, bruja! (La hiere de nuevo. Celestina llama sin voz).

Celestina ¡Justicia...!

Pármene ¡Muere! (La hiere también).

Celestina ¡Ay..., confesión..., confesión...! (Cae).

Elicia Ah, enemigos, ¿para esto tenéis mano? (Crece el vocerío).

Sempronio Huyamos, Pármene, que carga mucha gente. (Van a la puerta). ¡Guarda, que viene la ronda! (Aparece la ronda de alguaciles con sus linternas).

Pármene ¡Ay, pecador de mí, que la puerta está tomada!

Sempronio ¡Sube! ¡Saltemos por las ventanas! (Corre escalera arriba). ¡Más vale así que morir en poder de la justicia!

Pármene ¡Salta, que tras ti voy! (La ronda corre a tomar los fondos de la casa. Dos alguaciles entran y suben la escalera. Vocerío. De la calle llega Areusa. Por todas partes van apareciendo mozas y vecinos con candiles y faroles, que acompañan el plant desmelado de Elicia).

Areusa ¿Qué tribulación es esta?

Elicia ¡Ay, prima mía y mi amor! ¡Mira a nuestra madre Celestina, acuchillada por Pármene y Sempronio!

Areusa ¡Oh desdichada mujer! ¿Y en esto había su vez de fenecer?

Elicia ¡Miradla, mozas! ¡Mirad a la maestra autorizada que tantas faltas nuestras encubría con su saber!

Mozas (A coro). Oh Celestina madre. Tristes de nosotras sin ti. (Van arrodillándose. Dicen sus llores como rezos corales).

Elicia ¡Adónde iré, que pierdo madre, manto y abrigo!

Areusa ¿Adónde iremos, que perdemos juntas madre y amigo?

Mozas Oh Celestina madre: ¿qué puerta se abrirá si esta se cierra?

Elicia Tú trabajabas y nosotras holgábamos.

Areusa Tú por las calles y nosotras en casa.

Elicia Tú rota y nosotras vestidas.

Areusa Tú como abeja y nosotras a romper.

Mozas Ay, bien mundano, que nadie conoce hasta perderlo. (Los dos alguaciles bajan. Crece el rumor de la calle. La ronda vuelve a pasar llevando a rastras a Pármene y Sempronio, ensangrentados. Vocerío ultrajándolos al paso).



Voces ¡A la horca los matadores! ¡A la horca! (Sempronio se rebela un instante y se detiene mirando fijamente a Elicia. La llama. Le arrastran de nuevo. Mientras ronda y gente desaparece, Elicia se pone de pie. Altos los brazos, en maldición).

Elicia ¡Oh Calixto y Melibea, causadores de tantos males; en mal sabor se convierta vuestro placer!

Areusa ¡Tórnese en lloro vuestro gozo y en trabajo vuestro descanso!

Elicia ¡La hierba donde os acostéis se torne serpientes!

Areusa ¡Los árboles se sequen a vuestra vista y sus flores se tornen de negro color!

Elicia ¡Oh Calixto y Melibea: mal fin tengan vuestros amores!

Mozas Mal fin tengan Calixto y Melibea. Mal fin tengan. (Oscuro).

Amanece lentamente en casa de Calixto. Campanas agudas. Calixto, que se ha dormido con su laúd entre los almohadones del estrado, despierta.

Calixto ¡Ay, cómo he dormido a mi placer desde que por fin llegué a Melibea! ¿De qué me vino este deseado sosiego? ¿Del cansancio del cuerpo? ¿Del placer del ánimo? ¿O los dos se juntaron para cerrar los candados de mis ojos? ¿En qué piensas ahora, amor mío, Melibea? ¿Duermes o estás despierta? ¿Acostada o levantada? Dichoso de mí si es que no ha sido un sueño lo pasado. Pero no, no fue sueño, que no estuve solo. Mis criados me acompañaron; y eran dos. (Llama). ¡Sempronio! ¡Pármemo! (Entra Tristán).

Tristán Señor, no hay ningún mozo en la casa.

Calixto Abre esa ventana. ¿Qué hora es?

Tristán De día y bien de día.

Calixto Pues vuélvela a cerrar, que voy a reposar en mi cámara, y hasta que llegue la noche solo con mis pensamientos quiero vivir. (Entra en su cámara. Llega lloroso Sosia).

Sosia ¡Ay, malaventurado yo, y qué pérdida tan grande! ¡Ay, deshonor de la casa de mi amo!

Tristán ¿De qué taberna vienes tan desgrefiado, bellaco? Habla bajo, no te caiga el amo en el rastro.

Sosia ¡Ay, que mal día amaneció! ¡Ay, desdichados mancebos!

Tristán Aclárate. ¿Qué mal es ese?

Sosia Sempronio y Pármemo, nuestro compañeros, nuestros hermanos..., quedan en la plaza degollados.

Calixto (Dentro). ¿Quién grita ahí? ¿No mandé que no se me despertase hasta la noche?

Sosia Levanta, señor, levanta, que hay tristes nuevas. (Entra Calixto). Sempronio y Pármemo quedan degollados en la plaza como públicos malechores, con pregon de su delito.



Calixto Dios me valga, que no puedo creer tan acelerada y triste nueva. ¿Vístelos tú?

Sosia Yo los vi.

Calixto Mira lo que dices, que esta misma noche han estado conmigo.

Sosia Pues madrugaron a morir.

Calixto ¿Por que? ¿Que justicia lo hizo? ¿Que decía el pregón?

Sosia Decía, señor: manda la justicia que mueran los violentos matadores.

Calixto ¿A quién mataron?

Sosia A una mujer llamada Celestina.

Calixto ¿Celestina? (Retrocede desfallecido). Pues si eso es verdad matame tu a mi y yo te perdono; que si ella es muerta, peor es el mal que cuanto tú imaginas.

Sosia Ella misma es. Dicen que por no querer partir con ellos una cadena de oro que tú le diste.

Calixto ¿Ya está mi fama en el tablero? (Se deja caer de bruce entre los almohadones, con gran lamentación). ¡Ay, mi nombre de lengua en lengua! ¡Plugiera a Dios que yo perdiera la vida como ellos y no la honra. Ay, dulce secreto mío y de Melibea, que andarás de boca en boca por plazas y mercados. ¡Ay, comenzados amores que ya no se podrán cumplir! (Se domina). ¡Pues no! Por más que la fortuna me sea adversa, yo la enfrentaré con recio corazón. Por más daño que me venga, yo cumpliré esta noche el mandato de Melibea visitándola en su huerto. ¡Que más me importa lo que espero que todo lo perdido! (En pie, resuelto). ¡Sosia! ¡Tristan! Prepara escalas para esta noche, que son altas las paredes. (Oscuro).

Se oye en la oscuridad música de laúd, mientras se ilumina de luna el huerto de cipreses de Melibea, cercado al fondo con alto muro. En ángulo con el muro, una terraza florida, con escalinata interior al jardín. Otra escalinata exterior conduce a la terraza de la alta torre.

#### Melibea y Lucrecia

Lucrecia (Canta).  
¡Oh, quién fuese la hortelana  
de arquestas viciosas flores  
por prender cada mañana,  
al partir, a tus amores!

Melibea ¡Qué dulce me es oírte! No ceses, por mi amor.

Lucrecia ¡Alegre es la fuente clara;  
a quien con gran sed la vea;  
mas muy dulces en la cara  
de Calixto y Melibea!

(Campanadas lejanas).

Melibea Mucho se tarda mi señor. ¿No dan las doce?

Lucrecia Pero acaso no lo sean todavía. ¿De qué sirve que dé las doce el reloj de hierro si aún ni



las ha dado el del cielo?

Melibea Canta, Lucrecia, que a muy buen son lo dices,  
y ayudarte quiero. (Cantan dos voces).

Estrellas que relumbráis,  
Norte y lucero del día,  
¿por qué no la despertáis  
si se duerme mi alegría?

(Se oyen, tras el muro, las voces de Calixto y los suyos).

Calixto Arrima la escala, Tristán. ¡Y silencio!

Melibea (Se incorpora. Escucha). ¿Oyes, Lucrecia?

Lucrecia Nada. A buen seguro, gente que iba de paso.

Melibea Escúchame, por tu vida, que quiero cantar sola.

Papagayos, ruiseñores,  
que cantáis en la alborada,  
llevad nueva a mis amores  
cómo espero aquí sentada.  
La medianoche es pasada  
y no viene;  
sabadme si hay otra amada  
que le detiene.

(Calixto aparece en lo alto del muro y salta a la  
terrazza. Melibea sofoca un grito y se vuelve sobre-  
saltada).

Calixto ¡Oh mi señora y mi bien todo! ¡Oh melodía  
robada!

Melibea ¡Oh sabrosa traición! ¿Es mi señor de mi alma?  
¡Mira qué clara has puesto la luna con tu pre-  
sencia! ¡Mira cómo se goza todo mi huerto con  
tu venida! No saltes de tan alto, que me mori-  
ría de verlo. Baja poco a poco por la yedra.  
¡Déjamele, Lucrecia, no me le abracés! ¡No  
me ocupes mi placer!

Calixto Oh mi gloria. En mis brazos te tengo y no lo  
lo creo. Es tanta la turbación de mi placer  
que no me deja sentir todo el gozo que poseo.  
(La abraza y la besa).

Melibea Pues me fié en tus manos, no quieras perderme  
por tan breve deleite. Goza de lo que yo gozo,  
que es verte y abrazarte, y no tomes aquello  
que una vez tomado no está en tus manos devol-  
ver.

Calixto Eso ni tú me lo puedes mandar ni yo obedecer.  
No me pidas lo que ningún enamorado sería capaz  
de hacer. Toda mi vida nadando por este fuego  
de tu deseo, ¿y quieres que no me arrime al dul-  
ce puerto?

Melibea Aguarda, mi señor; que si he querido testigos  
de tu gloria no los quiero de mi yerro. Queda  
aquí, Lucrecia. (Sale por la escalerilla de  
la terraza. Calixto tras ella, enlazados).

Lucrecia ¿Es vida esta? ¿Que yo me esté deshaciendo de  
dentera y ella esquivándose para que le rueguen?  
(Baja la luz Lucrecia canta en lo oscuro).

Nunca fue más deseado  
amado de la su amiga,  
ni huerto más visitado  
ni noche más sin fatiga.

Vuelve la luz livida del amanecer. Por la puerta de la terraza,



- suelto el cabello, sale Melibea, lamentándose.
- Melibea      Oh mi vida y señor: ¿cómo has querido que pierda la corona de virgen por tan breve deleite? ¡Oh madre mía, si esto supieras cómo serías cruel verdugo de tu propia sangre! Y tú, padre honrado, ¿cómo he quebrantado tu fama y tu casa! Ay, traidora de mi cómo no miré primero el gran peligro que me esperaba. (Solloza contra la balaustrada).
- Lucrecia      (Que escucha en el huerto). Esa canción quisiera yo haberte oído antes; que después, todas la sabemos. (Se oyen tres campanadas. Sale Calixto, sin jubón, abierto el pecho de la camisa. En la mano, espada y capa, que deja sobre la balaustrada).
- Calixto      ¿Ya quiere amanecer? ¡Pues cómo, si me parece que hace un instante que estamos juntos y ya el reloj da las tres!
- Melibea      Por Dios, señor, pues ya eres mi dueño, no me niegues tu vista, de día pasando por mi puerta, y de noche donde tú ordenares. ¿Quieres que mande a Lucrecia traer alguna colación?
- Calixto      No hay otra colación para mí sino tener en mi poder tu cuerpo y tu belleza. Comer y beber, donde quiera se da por dinero. Pero lo que no hay en toda la tierra sino en este huerto, ¿cómo me mandas pasar un solo momento sin gozarlo? (Se besan y abrazan).
- Lucrecia      (Ya me duele a mí la cabeza de escuchar y no a ellos los brazos de retozar ni las bocas de besar).
- Melibea      Vete, Calixto, antes que venga el día.
- Calixto      Jamás querría que amaneciese, según la gloria que mis sentidos reciben de la noble conversación de tus miembros.
- Melibea      Yo soy la que gozo, yo la que gano; tú el que me haces merced. (Beso. Baja la voz). Vuelve a la misma hora por el mismo secreto lugar. Y por el presente ve con Dios que no serás visto ni yo sentida. Déjame tu corazón; llévate el mío.
- Calixto      Mozos, poned la escala. (Vuelve a abrazarla. Se oyen fuera voces airadas).
- Tristán y Sosia      (Dentro). ¡Atrás, bellacos! ¡Atrás, rufianes! ¿Pensábais espantarnos? Pues si esperáis un poco yo os juro que os haré volver como merecéis. (Voces y rumor de lucha).
- Calixto      Mi paje Sosia es el que da voces. (Toma rápido capa y espada). ¡A valerle voy!
- Melibea      ¿Así, desarmado?
- Calixto      Lo que no hacen espada, capa y corazón, no lo hacen coraza, capacete y cobardía.
- Voces      ¡Aquí, Tristán! ¡Aquí, Sosia! ¡Atrás, rufianes!
- Melibea      ¡No vayas, desdichada de mí!
- Calixto      Déjame, señora, que puesta está la escala. ¡Déjame!



- Tristán (Dentro). Tente, señor, que ya se fueron. Tente..., ¡tente con las manos que resbala la escala! (Dos gritos). ¡¡Señor!!
- Calixto ¡Válgame Santa María! Muerto soy. Confesión...
- Melibea ¿Qué oigo, amarga de mí?
- Sosia y Tristán ¡Ay, mi señor muerto! ¡Ay, mi señor despedido! ¡Su cabeza partida! ¡Ay, triste muerte sin confesión!
- Melibea (En un largo sollozo). ¡Ay, la más triste de las tristes! ¡Tan tarde alcanzado el placer y tan presto venido el dolor! (Desfallece. Lucrecia la sostiene).
- Lucrecia Señora, levanta, por Dios que seremos sentidas. No te encuentre tu padre en tan sospechoso lugar.
- Pleberio (Dentro). ¡Hija Melibea!
- Lucrecia ¿Oyes? No te amortezcas, por Dios. Que te encuentren acostada y en tu cámara. ¡Aviva, aviva! (La lleva sosteniéndola).
- Melibea ¿Cómo puedo yo vivir si muerta es mi alegría! ¿Cómo no gocé más del gozo? ¿Cómo tuve en tan poco la gloria, cuando en mis manos la tuve? ¡Ay, ingratos mortales, que jamás conocéis vuestros bienes hasta que los perdéis! (Oscurece la escena mientras Lucrecia entra a Melibea en su cámara. En la oscuridad se oye la voz de Pleberio llamando angustiado).
- Pleberio ¡Hija! ¡Hija! (Vuelve la luz. Pleberio está en el huerto, solo llamando). ¡Hija Melibea! ¡Lucrecia, Lucrecia...! (Sale Lucrecia a la terraza). ¿Dónde está mi señora hija, que me pareció, que me pareció oír sus voces en este huerto?
- Lucrecia En su cámara está, señor. Apresúrate si la quieres ver viva, que nunca conocí otro mal tan fuerte.
- Pleberio ¿Qué mal tan arrebatado puede ser ese? (Aparece en la terraza Melibea. Ya no grita. Voz sombría). ¿Qué sientes, hija? ¿Qué dolor puede ser que iguale al mío viendo el tuyo? Esfuérzate y arrecia, que si me dices tu mal pronto sera remediado.
- Melibea ¡Muerto está mi remedio!
- Pleberio Hija mi bienamada, no caigas en desesperación; que no faltara nada para buscar tu salud, lo mismo si consiste en yerbas conocidas que si está secreta en cuerpos de animales. Dime, ¿qué sientes?
- Melibea Una llaga mortal en mitad del corazón. Para curarla, menester será sacarlo, pues está secreto de él.
- Pleberio No reniegues de la alegría de tu mocedad, que no habrá cosa más contraria a tu mal. Vamos juntos a la torre alta a gozar los aires de la ribera.
- Melibea Vamos, señor. Acaso la dulce vista de los navíos afloje mi congoja. Pero antes, búscame, padre mío, un laúd que en ese huerto deje, para



templar cantando mi amor.

Pleberio Eso, hija, luego es hecho. (Busca el laúd).

Melibea Y tú, Lucrecia, amiga mía, retírate a tu cámara, que lo que quiero hablar a mi padre, a solas ha de ser.

Lucrecia Ya voy, señora. (Se retira).

Melibea Ya sola estoy. Ya nadie podrá estorbar mi muerte. Ya nadie podrá atajar el camino por el cual pronto iré a visitar este día al que me visitó la pasada noche. Padre y señor: perdóname la gran ofensa que voy a hacer a tus canas. Pero no está en mi mano remediarlo. Tú, señor, que me eres testigo, bien ves que nada puedo, cautiva mi libertad y mis sentidos de un amor más poderoso que el que a los padres debo.

Pleberio He ahí tu laúd, señora hija. Subamos a la torre.

Melibea No. No intentes subir si quieres escucharme hasta el fin. Lastimado vas a ser en breve con la muerte de tu única hija. Llegado es mi fin y descanso; llegada es mi acompañada hora y tu tiempo de soledad.

Pleberio ¡Oh mi hija y mi bien todo! Crueldad sería que yo viviera después de ti. Si tú me faltas, ¿para quién levante yo torres y adquiera honras? ¿Para quién planté árboles y fabrique navíos? Atiende, hija... (Va a subir).

Melibea ¡No subas! No pretendas estorbar mi morir. Si no, no sabrás la causa de mi forzosa y alegre partida, y más quejoso quedarás en no saber por qué me mato, que doloroso por verme muerta. Oye, padre mío, mis últimas palabras y si las recibes como yo espero no me culparás. (Campanas lejanas y lamentaciones a coro). ¿Oyes ese triste clamor de campanas? ¿Oyes cómo hasta los perros aullan y llora toda la ciudad? De todo eso soy yo la causa. Yo cubrí de luto a la ciudadana caballería; yo dejé muchos sirvientes sin señor y muchos pobres sin limosna. Yo fui causa de que la tierra goce antes de tiempo el más noble cuerpo y la más fresca juventud que el mundo vio. Muchos días son pasados que penaba por mí el caballero Calixto, que tú bien conociste. Vencida de su amor, dile entrada en tu casa. Quebrantó con escalas las paredes de tu huerto; quebrantó mi firmeza. Perdí mi virginidad. Esta noche volvió. Pero la fortuna dispuso según su desordenada costumbre. Y como la noche era oscura, las paredes altas y la escala delgada, puse el pie en el vacío y cayó, quedando entre las rocas partida su cabeza.

Pleberio (Cae de rodillas sollozando). ¡Maldito, maldito amor, que matas a los tuyos! ¿Por qué tienes nombre tan dulce con hechos tan amargos?

Melibea Cortada quedó su vida sin confesión; cortada mi esperanza, mi gloria y compañía. ¿Pues no sería crueldad que, muriendo el despeñado, viviese yo penada? Su muerte convida a la mía. Y despeñada ha de ser, para seguirle en todo. (Sobre la escalinata de la torre). Así le contentaré en la muerte, ya que no pude en vida.



Pleberio ¡Detente, hija, que no tengo otro bien que tú y todo lo pierdo en un día!

~~Melibe~~ ¡Mi amor, y señor Calixto: esperame! Un último ruego quiero hacerte, padre mío: si amor en esta pasada vida me has tenido, manda que se hagan juntos nuestro duelos, y que juntos estemos bajo la misma tierra. Gran consuelo es que mi amada madre no esté presente. Dolor llevo de mí, mayor de ti y muy mayor de ella. Dios queda con ella y contigo. (Sube el último escalón).

Pleberio ¡Hija...!

Melibe A Dios ofrezco mi alma. Recoge tú este cuerpo, que allá baja. (Se lanza al vacío. Pleberio oculta el rostro contra el suelo con un grito desgarrado. Con el cuerpo de Melibe en el aire se hace el oscuro repentino, sobre el que crece el clamor de lamentos y campanas. Se escucha nuevamente, a tiempo lento, la canción del comienzo, mientras vuelve la luz. Sobre un túmulo de ramos verdes están juntos los cuerpos de Calixto y Melibe. Pleberio y Alisa, de rodillas. Hombres todos de negro y mujeres todas de blanco cantan).

Coro

Más vale trocar  
placer por dolores  
que estar sin amores.

(Como colofón de libro la última página,  
que dice:)

Así da fin  
la tragicomedia.  
Compúsola, en quince días de  
vacaciones, el bachiller  
Fernando de Rojas  
por el año  
1492.

(Telón).

Fín de  
"LA CELESTINA"

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS